

1892

Paul PALLARY



Ajuares de tumbas masculinas de El Argar (Antas): alabardas, puñales, brazaletes y pendientes de metal. Dibujo de Siret.

Naturalista y paleontólogo francés. Correspondiente del Comité de los Trabajos Históricos y Científicos de Francia, publicó algunos de sus trabajos en el *Bulletin Archéologique*, y, desde 1908 en adelante, describe los moluscos marinos y de agua dulce de la región del Magreb, Egipto, Siria y otras partes de Cercano Oriente, dando nombre a muchas especies desconocidas hasta el momento. Su contribución a la ciencia también se publicó en el *Journal de Conchylogie* y en el *Bulletin de Science, Nord Afrique*.

Vivió en Orán desde 1891, analizando, además de la fauna, los restos arqueológicos de la prehistoria en el norte de África. Desde aquí, se traslada al sur de la Península para visitar Cartagena y Almería con el fin de estudiar las cuestiones económicas, antropológicas y geológicas que unen las dos orillas del Mediterráneo. Recordemos que en estos años hay una fuerte emigración desde el puerto de Almería a Orán. Las excavaciones de Siret (con quien mantuvo correspondencia y amistad) en los Millares son otra razón poderosa para este viaje, dejándonos una espléndida descripción del poblado neolítico. Asimismo, va detallando los terrenos y los fósiles que encuentra en su camino. Además de los motivos científicos que le traen a Almería, Paul Pallary es un curioso observador de lo que le rodea. Por esta razón, también describe las costumbres de los pueblos por donde pasa y las características peculiares de algunos tipos humanos con los que se relaciona. A Almería llega en plena feria de agosto, dejándonos el curioso testimonio de este acontecimiento. Su relato se publicó con el título “De Carthagène a Almería”, en la *Revue Geographique Internationale*, nº 235-237, V-VI-1895.

EN LA RUTA DE ALMERÍA: DE ÁGUILAS AL POZO DEL ESPARTO

Había estado de acuerdo desde un principio en que volvería por Murcia y Cartagena para regresar a Orán. Pero, durante mi estancia en Águilas, habíamos discutido el itinerario y, finalmente, he optado por la ruta opuesta. Por consiguiente, es por Almería por donde volveré a Orán, así pues, es un viaje de cinco días a soportar: digo “soportar” porque no tenemos otro modo de locomoción que una tartana, que alquilamos por el modesto precio de 7 francos y medio por día.

Abandonamos Águilas el domingo por la mañana. Teníamos por delante una ruta soberbia que va a Vera; pero, a consecuencia de las complicaciones de la administración española, nos es preciso rodar a través de los campos. La carretera, aunque en buen estado, no ha sido aún revisada. El servicio de Puentes y Cal-

zadas debe venir a visitarla, y eso dura, dura... Hace nueve años que se construyó y la mayor parte de los puentecillos han sido destruidos por las aguas antes de haber sido utilizados. Esto es, me aseguran, la marcha normal de las cosas para las carreteras españolas. Peor, sin duda, para deteriorar la calzada para el rodaje, se han colocado transversalmente, y de trecho en trecho, gruesas piedras. Pienso entonces instintivamente en el conocido refrán: *mirar machachetocar!* —“ver, pero no tocar!” En lugar del Servicio de Puentes, yo lo metería en un joyero.

Recobramos aquí el alcaparro del cual se saca un gran provecho en España. Es una planta espinosa muy verde, que se despliega sobre una gran superficie y cuyos granos son muy buscados. Se les sala y se les come como condimento; es el pepinillo español. Las bayas son menos apreciadas; se las prepara alguna vez en vinagre. Se consume también mucho en Francia las alcarras confitadas en este último líquido. La flor

de pétalos rosas desaparece para dar lugar a un fruto que se abre a menudo y que posee un olor nauseabundo, desagradable; es verde en el exterior y rojo en el interior. La planta muere en invierno y echa el pie atrás. De su madera seca se hace carbón para fabricar pólvora.

El paso de nuestra tartana por los campos es fatigoso; preferimos hacer el camino a pie y, para no perder tiempo, enviamos el coche que alcance solo la ruta. Por nuestra parte, tomamos un atajo que nos lleva por la orilla del mar, cerca de una formación tortoniense, con numerosos equinodermos, y de un macizo eruptivo que abastece a la playa de bellos guijarros de dolerites y de basalto. Un poco más alto, en los bordes de las trincheras de una carretera en construcción, encontramos hélices fósiles en un depósito plioceno.

Nuestra tartana alcanza el lugar establecido y, después de tres cuartos de hora de marcha, aproximadamente, a la vista del mar, nos paramos de nuevo en el lugar llamado *Cocedores*, para observar una playa marina levantada desde la época cuaternaria. Su fauna se compone mayormente de un grueso caracol (*Strombus mediterraneus*), casi desaparecido hoy, pero que caracteriza bien las playas elevadas.

Volvemos a subir a la tartana y tomamos por fin la carretera, una verdadera carretera, la de Murcia a Almería. Tenemos así un buen camino en casi todo el recorrido; ¡esto no es verdaderamente muy pronto! A las once y media llegamos al *Pozo del esparto* (pozos del esparto), donde comemos con las conservas traídas de Águilas. A propósito, yo no recomendaría jamás a mis compatriotas degustar conservas españolas. Éstas son, en su mayoría, carnes de buey, lenguas de ternera, ahogadas en aceite y procedentes de Bilbao. Es caro y malo. Las peores conservas francesas o inglesas son superiores. El vino que se nos sirve es detestable. Como se le guarda en odres, tiene un gusto a piel poco apetitoso. Hay mucho vino tinto; el vino blanco es raro.

Durante la comida, un vecino me cuenta la siguiente curiosa historia, que dará una idea de la argucia de ciertos abogados españoles.[...]

EL OFICIO. EL REAL

Es mediodía cuando nos volvemos a poner en ruta. Atravesamos los Perdigones, pueblo situado al fondo de un valle y en el que una parte ha sido des-



Vista y plano topográfico de El Oficio (Cuevas del Almanzora). Dibujo de Siret.

truida por las inundaciones, hace poco tiempo. Hay a la izquierda en la Sierra Almagrera minas de plata, abandonadas a falta de poder asegurar la salida de las aguas que han invadido las galerías. Las célebres minas de Herrerías, que están un poco más lejos, están en el mismo caso.

La carretera es bastante monótona. Nada de hierba, nada de agua. Hace calor y el movimiento del coche nos sume en una somnolencia de la que es difícil salir. Por fin, hacia las tres, estamos en El Oficio, donde se encuentra una antigua ciudad importante. Recorremos las pendientes de la meseta en la que estaba edificada la acrópolis. Ésta es poca cosa después de haber visto nosotros Ifre. Como no teníamos tiempo para detenernos largamente, visitamos la cima. En los escombros provenientes de las excavaciones efectuadas en las pendientes, encuentro numerosos restos de urnas funerarias y dos conchas gastadas y horadadas para servir de perlas. Dejamos El Oficio y nos volvemos con nuestra tartana a *El Ventorrillo del Largo*. En este lugar el camino desciende muy rápidamente hasta el río Almanzora. En el lugar llamado *Tefejin*, a la izquierda de la carretera, hay en pleno helvético una erupción traquítica con fenocristales de sanidido, doleritas, traquitas y calcedonias.

Bajando hacia el río, la carretera está cortada casi a cada paso por pequeñas elevaciones de tierra que ocasionan tumbos, cuyo resultado es dar mareo. El fin de estas elevaciones de tierra es recoger las aguas pluviales, que se perderían inútilmente, y dirigirlas a cada lado

por los campos que están a derecha y a izquierda de la carretera. Una cisterna que habíamos dejado atrás nuestro está alimentada de esta manera. Esto es muy ingenioso, como se ve, y nos haría bien en Argelia, donde el agua es tan escasa, modificando un poco el sistema, adoptarlo. Sin esta disposición, las aguas pluviales se dirigirían al río y ocasionarían crecidas, que los ribereños tendrían que sufrir. Gracias a esta disposición de las carreteras, se utilizan las aguas y se evitan los daños.

Pasamos el río Almanzora cerca de Cuevas. Este río me recuerda las ramblas argelinas: muchos guijarros, pero un hilo de agua. Es un camino natural bastante penoso que debemos seguir durante algunos instantes. El valle está muy bien cultivado: hay muchos campos de maíz y de bellas palmeras datileras. El cactus (higuera de Berbería) expone sus pobres pencas; sus frutos son buscados, pero están lejos de tener el grosor de los cactus argelinos.

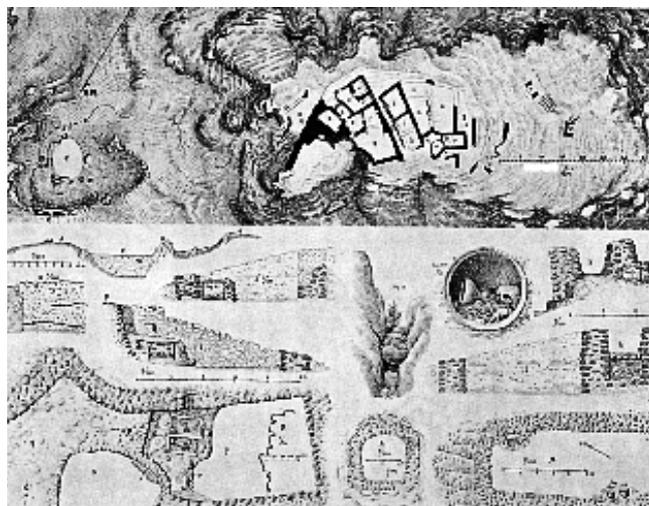
Vemos a los campesinos ir y venir sobre sus mulos con sus grandes paraguas abiertos para preservarse del sol. De tiempo en tiempo, las mujeres y las muchachas, vestidas de colores vistosos, pasan cerca de nosotros. Ninguna me ha impresionado aún porque su belleza es de las más ordinarias. Las de los pueblos se componen demasiado y las del campo se marchitan demasiado pronto. Esto no es ciertamente el país de las guapas españolas.

Al salir del valle vemos muy distintamente el pico de Tetica de Bares, célebre en los anales geodésicos. Es él, en efecto, el que fue unido trigonométricamente al M'sabia, cerca de Orán, por el coronel Perrier y el general Ibáñez. Esta operación es muy conocida por lo que hablaremos de ella más tiempo.

La noche se acerca, cuando pasamos cerca de Vera, una villa inundada de vegetación, en medio de hermosos jardines, para alcanzar la carretera de Almería. La luna se eleva y oímos a nuestro guía saludar su aparición con estas palabras:

*Luna hermosa
como tu creces
que crezca
mi bolsa.*

Son las siete cuando llegamos a El Real, cerca de Antas, donde vive nuestro guía. Cenamos y pasamos la



Planos y diferentes secciones de casas y tumbas de El Oficio (Cuevas del Almanzora). Dibujo de Siret.

noche en su casa. Inútil decir que nos dormimos felizmente. Los tumbos de nuestra tartana nos han fatigado más que si hubiéramos hecho el camino a pie.

EL ARGAR. SAN RAFAEL

Estamos en pie desde el amanecer, porque la etapa de este día debe de ser larga, y es necesario aprovechar una parte de la mañana para ir a las importantes estaciones de El Argar y de El Garcel. Pero, antes, vamos a ver en un rincón del valle un corte causado por el río que forma allí una pequeña cascada, bajo la cual emerge, entre un estrato de conglomerado y otro de arcilla, un manantial mineral muy cargado de sales de magnesio. Delante de nosotros se extiende el valle con sus hermosos jardines de higueras y de granados.

El grupo de estaciones que hemos de ver comprende: El Argar, las dos mesetas del Garcel y Gerundia, que no están separadas más que por el río Antas de la villa de Antas. Los señores [Luis y Enrique] Siret ha descrito, bajo el nombre de "argariense", un periodo comprendido desde el principio de la Edad del Bronce y caracterizado por la inhumación de los muertos, como en los tiempos neolíticos, por los brazaletes redondos, a menudo en cobre, y sobre todo por la ausencia del rito de la incineración de los muertos.

"La civilización argariense es muy superior a la que la precede. Volvemos a encontrar en El Argar la espada al lado, la frente ceñida de plata, se labran ellos mismos un ataúd y se resguardan bajo el mismo techo que sus hijos; si su nombre no ha quedado en la historia es porque la fuer-



Meseta de El Argar sobre la rambla. (*La Voz de Almería*).

za brutal de un enemigo más poderoso la ha aniquilado”.
(H. y L. Siret. *Les premiers âges du métal*, etc.)

Nada en la superficie podía revelar que allí estuvieran los restos de una civilización tan importante. Las mesetas estaban cubiertas de campos de trigo o de cebada; alguna vez el arado hacía volver una muela de molino, un sílex tallado, pero eso era todo. Había allí muy pocos elementos para comenzar una excavación. Sin embargo, gracias a un conjunto de circunstancias en las que el azar era el mayor factor, los señores Siret exhumaron los restos más bellos, los más numerosos y los más ricos de las edades del metal en España.

Allí, en efecto, se encuentran más de mil sepulturas, formadas la mayor parte de grandes jarras de tierra cocida cuidadosamente tapadas y en las cuales se había depositado los muertos encorvados sobre sí mismos con sus vestidos, sus armas en cobre y en bronce, sus ornamentos en cobre, bronce, plata y oro. Los cráneos de mujer conservan aún las diademas de plata que una mano piadosa depositó allí a última hora; los pendientes adheridos a los huesos de la cara; las sortijas se encuentran en los dedos; un pequeño brazo de niño guarda los restos de la manga de su vestido reservado por un brazalete de cobre. Las armas son todas de una factura extremadamente simple; el cobre domina; pero hay mucho bronce, y su origen exacto permanece desconocido, la plata sirve también para decorar armas y útiles. Los muertos se llevaban el alimento en su último viaje: generalmente un corvejón de buey. Los vasos abundan en estas sepulturas. Todas estas tumbas estaban construidas en el suelo de las casas o, más bien,

en una especie de subterráneo: los vivos habitaban encima.

No encuentro gran cosa en Gerundia ni en El Argar; pero soy más feliz en El Garcel, de donde me llevo buen número de objetos, entre otros, un guijarro rodado en gres duro, estrellado en las extremidades por los choques y presentando en las dos caras depresiones muy acentuadas obtenidas por punzamiento (M. de Mortillet señala en su *Musée préhistorique* guijarros parecidos de la época magdalenense). Toda una serie de hojas, núcleos, recortes de sílex, lascas con muescas, sílex trapezoidales, fragmentos de hachas pulidas, así como un cierto número de pequeños instrumentos que Siret llama las “lancetas”. Estas son las puntas de lascas, en las cuales se ha practicado, primero, una muesca; luego, volviendo la lasca por la cara plana, se le ha quebrado oblicuamente al nivel de la muesca de manera que se obtiene una punta muy aguda. Citamos por fin fragmentos de brazaletes en mármol y valvas de moluscos y alfarerías. En la meseta han excavado los silos que han provisto casi todo el utillaje de la época. Uno de estos silos parece haber sido enlucido con arcilla que se habría hecho cocer. Las muelas de moler de micaquisto granatífero son muy abundantes; yo he escogido una entera para llevarla.

DEL ARGAR A LOS CASTAÑOS, SORBAS Y VENTA SAN RAFAEL

Nuestra tartana nos espera en el río Antas, la cual nos lleva hasta la carretera de Murcia a Almería. Tenemos ahora una excelente carretera para el resto del viaje. Esta carretera atraviesa valles muy próximos unos de otros por numerosos puentes, de los cuales algunos están muy altos; todos estos puentes no tienen más que un solo arco y no están provistos de parapetos. Solos, los mojones puestos, a intervalos bastante cercanos, reemplazan los pretilos ausentes.

Debemos pasar toda esta jornada en tartana; así, para emplear nuestro tiempo, voy a hablar del guía. Es un campesino de cabeza dura que le gustan poco las contradicciones y no admite las bromas. Una noche que se encontraba en una reunión, levantó con sus dedos desnudos el cristal del primer quinqué que vio en su vida para encender su cigarro. El se quemó como se puede suponer; pero, aguantando el dolor, colocó de nuevo tranquilamente el cristal y, como los asistentes sonreían de su chasco, nuestro hombre amenazó con

clavar su navaja en el pecho del primer reidor. No tuvo que repetirlo.

He dicho ya que nuestro compañero era muy supersticioso. He aquí de nuevo un ejemplo de su credulidad: habiendo llevado en el bolsillo de su chaleco una muestra de imán natural, juntó allí los fragmentos de su encendedor de acero, pretendiendo que este hierro nutriría al imán, que sin eso se podría alimentar a expensas de él.

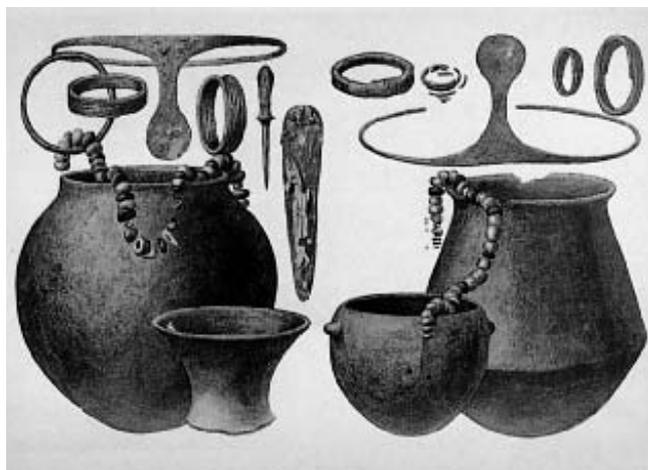
En esta región hay lugares donde la presencia de un extranjero es un hecho inaudito. El campesino español no viaja nunca; el mundo se limita al horizonte de su pueblo, y qué pueblo bien a menudo: casas con muros de guijarros o de tierra roja o hechas con muretes de ladrillos confeccionados con paja picada mezclada con tierra. Como piso, el suelo apisonado; como techumbre, cañas ligadas entre ellas. La cal y el yeso son materiales de lujo.

Se conserva en muchos lugares la vieja costumbre de contar las edades en moneda. La unidad es el *real* (0'25 francos) equivalente a un año. Preguntáis la edad de alguno, y éste os responde: *Tengo dos duros, una peseta y dos reales*, -“*Yo tengo dos veces cinco francos, una vez un franco, y dos veces veinticinco céntimos*”. Esto equivale a 46 años. No nos burlamos demasiado, sin embargo, de aquella gente. En el Aveyron, en Pont de Calames, una brava campesina me informaba sobre mi camino diciendo que yo no tenía más que dos volteretas y tres carretillas que hacer antes de llegar.

No vemos nada muy notable en nuestra ruta, ni campos, ni árboles; los postes telegráficos que se inclinan lamentablemente a derecha o a izquierda dependiendo del lugar. Los valles son verdosos, pero el resto está desnudo; como paisaje, esto es desolador.

De tiempo en tiempo, nuestro mulero para su bestia, y nosotros le oímos decir: *Cha, cha, cha*. Es la traducción del *piss, piss, piss* de las nodrizas francesas. Solamente las nodrizas se dirigen a sus niños de pecho mientras que el *cha, cha, cha*, obra sobre la mula. Sin esta precaución el mulero asegura que su animal se pondría enfermo.

Pronto vemos delante de nosotros, por encima de nuestro camino, puntos negros que van y vienen en el cielo, siempre en el mismo sentido. Estos son los va-



Ajuares de dos sepulturas de El Argar. Dibujo de Siret. (*La Voz de Almería*).

gones de un ferrocarril de cordel que une las minas de hierro de Bédar, cerca del pueblo de los Gallardos, con el mar. Este cable no tiene menos de 16 kilómetros de longitud.

Atravesamos los Castaños, conjunto de caseríos situados sobre un monte, y nos detenemos en una venta grande (posada-albergue) para comer allí. Volvemos a encontrar el horroroso vino conservado en odres; no puedo hacerme a este gusto y prefiero beber agua.

Dejamos reposar a nuestra bestia justo el tiempo necesario, porque tenemos todavía mucho camino que hacer. El camino pasa a la izquierda de la villa de Sorbas, que es otra Constantina. Posada sobre una meseta elevada, profundamente cortada por barrancos a pico, la villa de Sorbas no es accesible más que por un solo lado. Vista desde la carretera, esta posición parece espantosa y da vértigo. Es así como debían de ser edificadas la mayoría de las ciudades antiguas de las que vemos las ruinas. Las casas están apretadas unas contra otras, y hay animación en las calles: yo deduzco que la villa debe de estar bien poblada.

El sistema de la vialidad es muy simple en una situación semejante. Los vertederos horadan los muros del lugar, y las deyecciones chorrean en largas filas por las murallas y a lo largo de las rocas. Esto daña lo pintoresco.

Más alto y siempre a la derecha del camino, observamos curiosas rocas de arenisca de formas geométricas: hay entre otras un octaedro que se creería tallado por la mano del hombre, en equilibrio sobre un sa-



Aspecto interior de una vivienda en Los Millares (Santa Fe de Mondújar). Departamento de Prehistoria y Arqueología, Universidad de Granada.

liente de la roca. Más lejos aún, y siempre en el mismo lado, están las ruinas de un pueblo abandonado hace poco. Es la escasez de agua la que ha obligado a los habitantes a emigrar.

Las leguas se suceden sin romper la monotonía del camino. De tiempo en tiempo, un pozo, una venta, nos recuerdan que estamos en un país habitado, y ahora comprendo bien lo que un amigo me escribía hace poco tiempo. *“¿El desierto? No es lo que ustedes creen, está aquí”*.

Por fin, a la caída de la noche, nos paramos en la venta de San Rafael, donde es necesario esperar largo tiempo nuestra cena y nuestra cama. Estoy impaciente por extender mis piernas, embotadas por estas dos jornadas pasadas en tartana. Hemos hecho este día más de 9 leguas. La legua, que es la medida española, es más grande que la nuestra, puesto que es de alrededor de 5 kilómetros.

DE SAN RAFAEL A LOS MILLARES, POR TABERNAS Y GÁDOR

Estamos de pie antes de las cuatro, para llegar a buena hora a Los Millares, punto final de nuestra excursión. Atravesamos el pueblo de Tabernas o Tavernas, y pasamos la *rambla* (el torrente o cauce

del torrente) del mismo nombre, por un puente de un solo arco que ha sido arrastrado frecuentemente por las aguas. El valle es de gran fertilidad en este paraje.

No estamos más que a una legua de Tabernas, cuando el cochero se da cuenta que el eje de su tartana se quema. ¡Es el momento preciso! Nuestro hombre se ha puesto en viaje sin caja de recambio para engrasar las ruedas y sin llave para desmontarlas. Nos es preciso ir a pie mientras que el conductor intenta enfriar el hierro tirando allí tierra. Para colmo, en las casas muy espaciadas en el borde de la carretera, no encontramos ni mantequilla ni grasa ni tocino. La diligencia de Almería se detiene un momento para prestarnos una llave, pero es inútil porque es muy gruesa. Por fin, más abajo, cerca de un puente, nuestro poco precavido cochero encuentra al fin tocino. ¡Ya era hora! Podemos circular de nuevo, pero el fruto de nuestro madrugón está perdido.

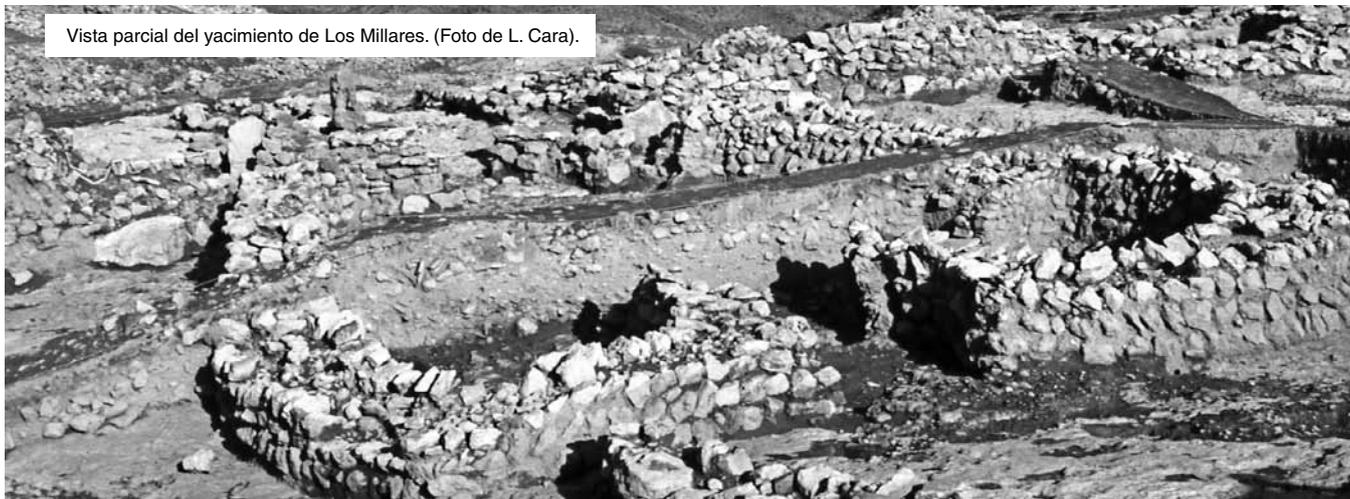
Dejamos la carretera de Almería para coger un camino que se inicia a la derecha y que se mete entre espalderas soberbias de las que se recolectan para exportarlas a Inglaterra. Luego, poco después, pasamos el río de Almería, que corre al pie de la pequeña pero pintoresca villa de Gádor. Mientras que el guía se informa de las salidas de los coches de Almería, mi compañero me hace observar al jefe de correos del lugar haciendo la barba a sus clientes. Estos funcionarios están obligados a acumular así las funciones para poder vivir. Tomamos la ruta de Granada, muy umbría, pero en muy mal estado. Afortunadamente el trayecto que hemos de hacer es corto; en veinte minutos, estamos en Los Millares.

LOS MILLARES

Es casi las diez cuando llegamos. En todo el recorrido se ejecutan los trabajos para el establecimiento de una vía férrea, que unirá Linares, centro minero importante, con Almería (Desde entonces, la vía a estado abierta a la explotación). Es la compañía francesa de Fives-Lille la que está encargada de la empresa. Nos instalamos en una caseta situada en la orilla derecha del río Andarax (o de Almería), debajo de la meseta a visitar, en la confluencia de este río con la rambla de Huéchar.

Los Millares no es más que un nombre de terreno, porque allí buscaríais en vano un grupo de viviendas.

Vista parcial del yacimiento de Los Millares. (Foto de L. Cara).



El pueblo más próximo es Santa Fé, un poco más arriba en el río de Almería. Pero, si este punto está hoy desierto, no ha sido siempre así, como se va a ver.

Cenamos deprisa para escalar el sendero abrupto que lleva a la villa neolítica. Durante el trayecto constatamos con añoranza que las mayores losas de esquisto, que cerraban el interior de las tumbas, han sido quitadas por los habitantes del valle. Estamos ahora en la cima. La meseta forma una cuña de ángulo muy agudo, cuyas líneas son el río de Almería y la rambla de Huéchar, sobre la que se construye el puente del ferrocarril. No es accesible más que del lado del norte, donde la meseta se une a la llanura cercana. Su posición estaba muy bien elegida, como se ve: en dos lados, precipicios de 40 a 50 metros a pico; en cuanto al istmo, está rodeado de cerros muy fáciles de fortificar y de defender.

Hacia el fin del periodo neolítico, la meseta de Los Millares estaba cubierta por una villa con casas bastante mejor construidas que las que hemos observado en el campo, un canal, restos de acueducto y una magnífica necrópolis. La villa y la necrópolis están fortificadas; los cortados y las elevaciones de terreno protegen los puntos débiles y tres fortines destacados sobre los cerros vecinos vigilan los alrededores. Es una buena muestra de un campo cercenado o de una ciudadela de la edad de la piedra pulida, acaso el más bello. La villa comienza sobre el espolón mismo en el cual estamos subidos. Las primeras casas que visitamos tienen los muros hechos con piedras y tierra batida; en medio de cada muro se ve aún el sitio de las vigas que servían para sostener la cubierta. En el centro de la casa, una

columna de madera aseguraba la solidez del techo. éste estaba formado por un enrejado de cañas, recubierto de arcilla, como aquella se hace aún por los campesinos españoles.

En los escombros realizados por Siret, yo recojo osamentas de pequeños mamíferos (liebre y cordero), conchas marinas (cono, cypraea, putoncle) y fragmentos de una cerámica negra muy bien alisada y de una cierta elegancia. Son, sobre todo, las semi esferas, las tazas sin pie. Las muelas de molino no son raras, pero son aquí de un género especial. Yo he traído una, móvil, superior, en conglomerado rojo.

La superficie de la meseta está así cubierta de las ruinas de las casas: habría mucho que hacer para excavarlas completamente. Se ve aún perfectamente los restos de un conducto de agua que alimentaba la ciudad y cuyo origen está a 1 kilómetro aproximadamente por encima. Siguiendo el relieve del terreno, se ha cavado el canal en la roca o se ha construido sobre una elevación de piedras unidas con la tierra roja. El agua que ha corrido por este canal era muy incrustante; por eso todas estas obras están fuertemente endurecidas por el carbonato cálcico depositado. Sobre ciertos puntos hay entre las piedras un verdadero depósito de toba con melanopsis e impregnaciones vegetales. El punto de emergencia de la fuente debía de encontrarse cerca del tramo de acueducto aún de pie, porque en este lugar no se ven otras señales de trabajo. Actualmente no hay ninguna fuente en los alrededores, y los depósitos calcáreos han obstruido tan bien los manantiales, que es imposible verlos.

Pero el punto más notable para visitar es ciertamente la necrópolis, cuyas sepulturas ofrecen características completamente especiales. Exteriormente se ve un túmulo hundido rodeado en la base por una hilera de piedras; pero interiormente hay cámaras fúnebres enlosadas, cuyas paredes están recubiertas de largas placas de esquisto. Una sola tumba tiene sus losas en arenisca. Las techumbres se hallaban hundidas, y es muy difícil decir exactamente cómo estaban recubiertos estos túmulos. El tipo general comprende una cámara circular parecida a un horno en la cual desemboca un pasillo. En este pasillo, y cerca de la entrada, están dos losas de pizarra, horadadas por una ancha abertura ovalada que recuerda las losas agujereadas de los dólmenes de los alrededores de París, de Córcega y de la India. Algunas veces hay dos cámaras adyacentes a derecha y a izquierda del pasillo en las cuales ha habido inhumación.

Las osamentas están en bastante mal estado. La caída de la cobertura ha aplastado casi todos los cráneos. Sin embargo, quedan bastantes restos para conocer las características anatómicas del pueblo que habitaba la región. El mobiliario funerario comprende soberbias puntas de flechas de bases rectas, cóncavas o pedunculadas, que son de verdad joyas (Ver los dibujos de estos objetos en *l'Anthropologie* Juillet-Août 1892, p. 392), hachas, azuelas, escoplos, cinceles, perlas en esteatita y en caliza, etc. No es raro retirar de estas sepulturas láminas un poco gruesas, talladas por una sola cara, pero cuyas extremidades recortadas están pulidas por los choques y por el desgaste. Hemos discutido mucho para saber el uso de estas láminas: finalmente, hemos supuesto que servían como rejas para los arados rudimentarios de la época.

Entre otros objetos interesantes, es preciso señalar pequeños mojonos, troncocónicos, que Siret compara con los betilos fenicios, falanges de buey talladas en forma de estatuas. Yo he sido muy feliz por encontrar en los escombros una de estas falanges. Siret posee una que conserva aún restos de pintura; otras son en alabastro y en marfil.

En las tumbas que parecen tener un lugar aparte y que son más pequeñas, mi compañero ha retirado restos humanos calcinados. Yo tengo un fragmento de falange coloreada en verde por el óxido de cobre, prueba evidente de la aparición del bronce en esta estación; mencionaría también una perla en cornalina que no se encuentra más que en las últimas sepulturas.

Como conclusión, he aquí la hipótesis más verosímil. Un pueblo neolítico muy avanzado que enterraba sus muertos habitaba la ciudad. A este pueblo vino a añadirse de un modo tranquilo un grupo de extranjeros que aportarían, con las joyas de bronce, las perlas en piedra dura, la costumbre de incinerar a los difuntos y depositar sus cenizas en urnas de tierra cocida. Esta colonia de comerciantes tuvo sus ritos especiales y no parece haber sido adoptadas por los autóctonos.

Después del examen de las sepulturas, hemos ido a ver un cerro sobre el que están los restos de un fortín, si esta palabra puede servir para designar una construcción avanzada del periodo neolítico. Es un recinto circular con algunas casas, un foso del que una parte ha sido cavada en la roca y que aísla perfectamente esta construcción. Hay aún muelas en basalto, cerámicas y conchas marinas y terrestres en bastante cantidad. Más abajo, sobre otras elevaciones y a poca distancia, hay también otros dos fortines que completaban así la defensa de la ciudad neolítica. Sin la presencia de objetos en piedra, uno se creería en presencia de trabajos de fortificación ejecutados en nuestros días.

Al regresar a la villa, observamos una elevación del terreno que sigue los repliegues del terreno y los restos de un puente que salvaba un barranco. No me hago más pesado en estos detalles que serán minuciosamente descritos por Siret.

Expresamos un deseo al terminar. Las tumbas que han sido excavadas han quedado limpias y están en un estado de conservación notable; pero los campesinos vienen a llevarse las losas de esquisto para sus viviendas y, en poco tiempo, no quedará nada de esta curiosa necrópolis. El terreno pertenece al común. Luego sería fácil obtener la protección de estos monumentos. Yo ignoro si hay en España una comisión arqueológica encargada de la conservación de las antigüedades: si existe, yo me apresuro a señalarles este punto para que haga lo necesario.

DE LOS MILLARES A ALMERIA

De retorno en la casa donde estamos alojados, me apresuro a embalar mis hallazgos, porque estoy informado de que un vapor parte al día siguiente de Almería. Pasamos la noche un poco triste; pero ¡bah! nos volveremos a ver aún; la distancia que separa Argelia de España no es muy grande.

El 24, por la mañana, subo en el *cosario* (tartana que hace un servicio regular) y, después de haber hecho mis despedidas a mis compañeros de viaje, vuelvo a coger en Gádor la ruta que habíamos seguido ayer. De Gádor a Almería la carretera es muy entretenida y bastante pintoresca: en buena parte del recorrido, está bordeada de árboles frutales y palmeras datileras.

Tengo como vecino un *guardia civil* (un gendarme) al que hago hablar sobre las cosas de España; es un mozo muy engreído de sí mismo, que considera el peto blanco, los correaes amarillos y el sombrero de picos como el *non plus ultra* de la presunción. Fuera de la *guardia civil*, nada más que el saludo; nosotros lo sabemos ahora.

Hay muchos franceses empleados en la construcción del ferrocarril, y es para mí una agradable sorpresa entender un “¡buenos días, señor!” pronunciado por un compatriota. Desgraciadamente, el tiempo me falta para entablar contactos.

Antes de entrar en Almería es necesario pasar la visita de la oficina de arbitrios. Estamos apenas en la ciudad, sin embargo, es preciso encima mostrar nuestros equipajes. Por fin, la tartana nos deja enfrente de la Posada Nueva del Carmen. Hemos llegado.

Almería es una ciudad bastante importante que, como la mayoría de las ciudades españolas, ofrece un singular contraste de lujo y de miseria. El único lugar notable es el *Paseo del Príncipe* (la Promenade du Prince), alumbrado por la luz eléctrica. Es una avenida bastante ancha que va hasta el mar. A la entrada de esta avenida hay una columna levantada “a la memoria de las ilustres víctimas de la libertad, sacrificadas en Almería el 24 de agosto de 1824 por un feroz dictador”. Es justamente hoy el aniversario de este acontecimiento; el monumento está recubierto de un crespón negro y de coronas. Almería pasó por un centro republicano importante. Es asimismo en el Paseo donde se tiene la gran feria con numerosas tiendas muy bien atendidas. Los juguetes parisinos y alemanes lo invaden todo; tanto es así que los abanicos, las guitarras y otros objetos nacionales apenas tienen allí un sitio pequeño.

Varios ómnibus circulan a través de la ciudad: subo en uno de ellos para ir a ver el puerto, todavía inacabado. Son empresarios franceses los que lo han comenzado, pero el material, que es de procedencia

inglesa, me hace suponer que son estos extranjeros los que lo acaban. Los muelles son más bien lugares de recreo que de comercio; allí se ven hileras de delgadas palmeras y de arriates bien mantenidos. Un jardinero ha dibujado con plantas gruesas las armas de la ciudad.

En la orilla del mar están instalados el club de regatas y los establecimientos de baños. Estoy sorprendido de ver a las gentes bañarse en pleno mediodía. Mujeres y niños llegan a la arena, se cubren de una toalla de baño y se desnudan sin perturbarse demasiado por los curiosos.

En el otro extremo del puerto, se encuentra el espigón donde se amarran los vapores; hay allí cinco o seis a lo más. El viento es bastante fuerte, y las olas rompen por encima de los bloques de hormigón. Vuelvo sobre mis pasos, porque la hora de la cena ha pasado ya. Afortunadamente la costumbre en este país es de cenar tarde.

Desde mi llegada, me había hecho expedir mi billete para el paso a Orán. Pero el vapor *Esperanza*, retrasado por el mal tiempo, entró demasiado tarde. Nosotros debíamos partir a las cuatro; dos horas después el navío no había acabado aún la descarga de la carga de carbón de leña de Orán. Durante este tiempo, los pasajeros, acurrucados sobre sus equipajes, se morían de aburrimiento recibiendo boca arriba los golpes de mar. Finalmente, el capitán se digna hacernos saber que el *Esperanza* no partirá hasta mañana a las dos, a las dos en punto, añade él. Y todos estos pobres diablos, encontrando la cosa muy natural, se van sin protestar llevándose sus paquetes. Como para burlarse de nosotros, otro vapor, uno español exactamente, sale en el mismo instante del puerto y gana alta mar. ¡Qué lobo de mar nuestro capitán! Sin embargo, nosotros somos tres pasajeros, un inglés y dos franceses, que no entendemos ser tratados con este desenfado. Pero, a todas nuestras cuestiones, *el capitán* nos responde invariablemente: “*Qué quiere usted? Se les va a devolver el dinero*”. Luego, para calmarnos, nos ofrece la cena y nos invita a pasar la noche a bordo.

Por la mañana voy a deambular por la ciudad, hasta el pie de una especie de fortaleza encaramada sobre la montaña. No he podido tener ninguna reseña histórica sobre esta construcción. Al descender, tomo una calle bastante estrecha, casi paralela al puerto, donde



Vista general del puerto de Almería a finales del s. XIX.

se hallan hermosos almacenes no abiertos aún, aunque sean ya las ocho. Sólo el mercado, situado a la derecha de esta calle, está muy animado: como en muchas otras localidades, es un lugar de paseo.

Una de las calles que, entre paréntesis, lleva el nombre de Baylen, desemboca en una gran arteria perpendicular al puerto. Hay sobre las aceras vendedores de higos de Berbería (*chumbos*), de legumbres y de caracoles, instalados con sus mercancías, y muchas bellas mansiones, mantenidas, al menos en el exterior, muy limpiamente.

Vuelvo sobre mis pasos para ver todavía la feria. Los cafés se habían llenado de gente y de olores... A los almerienses les gusta mucho el heliotropo, por lo que parece, porque los niños y los jóvenes se inundan con esta esencia. En este momento desfila una sociedad musical cuyos miembros han podido satisfacer su pasión por los colores brillantes: túnica roja, pantalón negro con ribete rojo, gorra barnizada de redes todavía rojas. Estos son, por lo demás, bastantes pobres músicos. Allí veo aún muchachas con bellos trajes parisinos que llevan bastante torpemente. Las que están con mantillas son mucho mejor.

Por fin, después de haber desayunado confortablemente, me decido a regresar a bordo para no llegar tarde, *el Esperanza* debía de partir a las dos, a las dos en punto, como se sabe. Todos los pasajeros son puntuales; el mar está calmado, el viento ha amainado, y pensamos que nada se opondrá ahora a la partida. El tiempo pasa y, como estamos a pleno sol en el muelle, quiero subir a bordo. Trabajo inútil, tres gendarmes me impiden pasar. Hay, parece, una serie de formali-

dades a llenar. A las tres y media podemos embarcar, pero uno a uno. Ante la exhibición de mi pasaporte y a simple vista de la fórmula "*República Francesa, En el nombre del pueblo francés...*", yo puedo ganar el barco; pero, para los pasajeros españoles, es otra cosa. Cada uno debe mostrar un certificado sellado por las autoridades, sus papeles certifican que ha cumplido el servicio militar; además, hay que sufrir preguntas que no se acaban nunca. *¿En qué cuerpo habéis servido? ¿Cómo se llamaba el coronel de vuestro régimen? ¿Cuál era el color de sus mostachos? ¿Dónde residía?* Y, a cada respuesta, el valiente Pandoro meneaba la cabeza con un aire entendido.

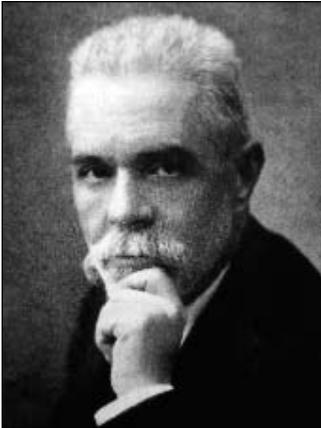
Las mujeres pasan sin ninguna cuestión ni formalidad; en el número, hay las que vienen a Orán para parir en el hospital civil a costa del gobierno francés; luego se harán otorgar un socorro como indigentes, siempre a nuestra costa, y volverán con este dinero al barco para España. Nosotros conocemos después de largo tiempo esta maniobra, pero he podido convenirme esta vez "por mis ojos", como dice Molière.

Y bien, todas estas formalidades que retrasan el embarque y que parecen tan rigurosas no son en suma más que ficticias, porque no impiden que nuestra bella Argelia esté infestada por los deshechos de los *presidios* y por los que han tenido altercados con la justicia española.

Por fin, he nos aquí todos reunidos ¿Vamos a partir? No, todavía no. En la cabina del capitán se cuenta y recuenta el dinero; luego, después de una hora de este tejemaneje, se retira la pasarela, se largan las amarras y partimos. ¿No es esto demasiado hermoso?

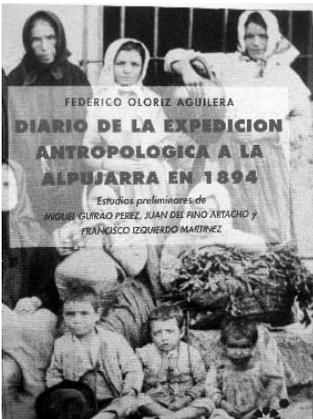
1894

Federico OLÓRIZ AGUILERA



(Granada, 1855-...) Médico cuando contaba solo 20 años; catedrático de Anatomía; renovador e investigador insaciable e inagotable, hasta el punto de que el viaje a la Alpujarra marcaría un antes y un después en el campo de la antropología. Era perseverante, observador y honesto; “investigaba mientras vivía o vivía para investigar. Todo lo observaba y lo anotaba con el ánimo de tener fichas existenciales...”¹⁷². Pionero en la antropología, pero también en otras disciplinas, hizo transcendentales aportaciones sobre el índice cefálico, la talla o la longevidad en España. Escribió varias obras sobre este tema. Fue amigo, compañero o maestro de otros hombres de ciencia como Ramón y Cajal o el doctor M. Guirao Gea.

Con estos antecedentes, parece evidente que, con su viaje a la Alpujarra, pretendía realizar observaciones antropológicas, de 57 días, desde Madrid hacia Granada, entrevistando, tomando medidas, fotografiando y analizando exhaustivamente a las poblaciones autóctonas de Lanjarón, Órgiva, etc, hasta Ugíjar, Berja y Almería, para coger el barco que le condujo a Cartagena y, de allí, a Madrid, de nuevo con el tren. En la parte de Almería no hace observaciones médicas o sociológicas algunas, sólo relata las penosas condiciones del viaje, la informalidad de las empresas y carreros y las dificultades y fatigas de las comunicaciones por estos pagos.



La completa edición que confeccionó La General de Granada en 1995, dentro de su notable colección sobre Sierra Nevada y la Alpujarra, se tituló *Diario de la expedición antropológica a la Alpujarra en 1894*; precedida de tres estupendos estudios previos sobre: “La figura de don Federico Olóriz Aguilera”, a cargo de M. Guirao Pérez; “Una aportación pionera a los trabajos de campo de la antropología cultural. La expedición del profesor Olóriz a la Alpujarra en 1894”, de Juan del Pino Artacho; y, finalmente, “Las fotografías alpujarreñas”, de Francisco Izquierdo Martínez. El texto relativo a Almería se sitúa entre las páginas 353-357.

¹⁷² M. Guirao, p. 23.

CAPÍTULO VII. DE BERJA A MADRID POR EL MEDITERRÁNEO Berja. Septiembre, 19/94.

No pasaron las cosas como pensaba, pues a última hora me advirtieron que un Sr. Bolonga, comerciante de Almería, tenía comprados todos los asientos de antemano. Como para mí era indispensable estar el jueves en Almería a fin de alcanzar el vapor que toca en Cartagena, tuve que aceptar las proposiciones de un carretero, hermano del cosario de Cádiar, que nos llevó a Mecina, el cual, según creía por lo que el posadero dijo, nos llevaría a Berja en su carro por 20 reales, en vez de los 24 que la diligencia

nos hubiera costado. Mas esto suponía el salir de Ugíjar más temprano y me obligó a suprimir las visitas de despedida y todo nuevo trabajo (...)

A las diez de la mañana montamos a la salida del pueblo en el famoso carro, cargado de sacos de patatas, entre los cuales nos había preparado el carrero un mediano acomodo que, antes de una hora, se nos hizo casi intolerable por lo molesto. Resignados a ver pasar delante de nosotros todos los vehículos que habían salido después, seguimos con desesperante lentitud la accidentada carretera que ondula en las laderas, cruza ramblas o se tiende apacible y bien cuidada por los escasos llanos que el terreno ofrece. Éste es menos enriscado cuanto más nos acercamos a la costa y van



Diligencia en marcha.

quedando a la espalda las cumbres de Sierra Nevada y perdiéndose en la lejanía los pueblecillos asentados en sus estribos y barrancos (Mairena, Júbar, Laroles, Alcolea).

Cuando ya el sol perdió su fuerza y, en trecho del camino flanqueado por pintorescos tajos, bajamos del insoportable carro y anduvimos unos 5 kilómetros comiendo salchichón con pan comprado en una escuela y saboreando las bellezas del paisaje. Se extendía éste en los llanos que llaman del Cid, perdiendo su severidad anterior y haciéndose risueño y encantador por la existencia de fincas de labor y, quizás, de recreo, sembradas en la llanura y en los primeros términos de los montes. En una de esas casas, tan alegre como modesta, descansamos algunos minutos, bebimos agua y presenciamos una sencilla escena de la vida campestre: un hombre viejo arreglaba unas agovías, otro joven hacía sogas de esparto y una mujer se ocupaba en labores caseras a pesar de tener los ojos malos. Ella fue la que, extrañando yo el uso de agovías en la llanura, porque yo pensaba que era calzado exclusivo de montaña, dijo una coplilla cuyo sentido, ya que era la letra exacta, era así:

*El que se fia de mujeres
y sólo calza agovías,
jamás será afortunado
ni tendrá un cuarto en su vida.*

El hombre añadió con elocuencia que las agovías no son el calzado del llano ni de la sierra, sino el de la miseria.

Vuelta al carro y a seguir la lenta marcha hasta entrar en Berja a las 7 de la noche. Pedí los asientos de la diligencia que encargué ayer por telégrafo y me dijo un D. Santiago, gordo y jovial, que por servir mi pedido y el de otros viajeros, a pesar de tener encargada de antemano toda la diligencia ordinaria, había dispuesto que saliera un coche particular con los viajeros en exceso y que éstos transbordaran al coche que sube de Adra, que por telégrafo sabía que venía vacío. Me cobró dos asientos de berlina y ya no tuvimos más que aguardar la hora, dando vueltas por las calles, tomando café tan malo como barato (1 real) en el círculo republicano, leyendo periódicos y dormitando en un diván.

Por fin, después de las 12 y de salir la diligencia ordinaria, fuímonos acomodando en el coche de camino accesorio, soportando las informalidades del momento, con la esperanza de ocupar cada uno su puesto en la diligencia de Adra. Pero en la venta donde ésta nos esperaba surgió el conflicto de que veía casi llena y de que todos alegaban el derecho a Los mejores sitios y si no apelaban al sexo, y que había que quedarse en tierra o aceptar como extremo recurso un lugar en la vaca, entre los equipajes. Protesté, grité, increpé duramente a la empresa por su informalidad vendiendo asientos de que no disponía y, por fin, otros viajeros pasaron a la vaca y nosotros nos acomodamos en el cupé.

El resto del viaje fue penoso, la llegada a Almería con retraso, y por contra se perdió la cajita en que llevaba el cráneo extraído en Yegen. Al fin apareció la caja, nosotros nos instalamos en una mala hospedería que se titula el Santísimo Cristo; paseamos algo por la ciudad; tomamos pasaje en el vapor Andalucía; vimos la catedral, almorzamos, dormimos y, a las tres y media, salíamos con el equipaje para el puerto. No sin disputas con los granujas de los botes, siempre insaciables en lo de explotar al pasajero; nos vimos al cabo sobre la cubierta del vapor y surcando las olas a las 5 y media del día 20.

El viaje en vapor fue delicioso; fresca y novedad del paisaje vespertino y nocturno desde cubierta; cómodo lecho en la cámara; entretenidos incidentes originados en lo heterogéneo de los pasajeros; belleza del puerto de Cartagena a la llegada: todo ocurrió a que me pareciera muy agradable la travesía...

1896

Alfredo OPISSO Y VIÑAS



(Tarragona, 1847-1924). Personaje singular y destacado de su época fue periodista, historiador, traductor, médico y crítico de arte. Sus múltiples conocimientos le merecieron ser correspondiente de la Real Academia de la Historia, socio de mérito de la Arqueológica tarraconense y codirector de *La Vanguardia*, desde donde se dedicó a divulgar temas históricos. Dejó una ingente obra sobre diversos temas, escribió varios tratados de Historia de España y de América, de medicina, biografías y semblanzas políticas del siglo XIX, guías y libros de viajes por India e Indochina y Tierra Santa.

También viajó por España y pasó por Almería, dejándonos una breve descripción del puerto. Este relato se halla en la obra *España y Portugal: su historia, su geografía, su arte y sus costumbres*. Barcelona, Antonio J. Bastinos, 1896. Cap. III “Murcia, Almería, Málaga”.

Allí [Cartagena] se embarcaron D. Gustavo y su hijo para Almería.
-Vamos a pisar ya la tierra de María Santísima- dijo Riera.

La gradación ha sido bien marcada desde que salimos de Barcelona; primeramente el catalán, después, en Castellón, un valenciano catalanizado; en Alicante un catalán castellanizado; en Cartagena un castellano andaluzado; ahora oiremos el habla andaluza pura.

Octavio se alegró mucho de poder hacer un viaje por mar, cansado ya de tanto ferrocarril. Hermosa costa, ciertamente, la que fueron bordeando. A su salida de Cartagena vieron proyectarse al N. el histórico cabo de Palos; arrimándose después a tierra, vieron levantarse las montañas de la Sierra de la Estancia y, asentadas a la orilla del mar, las blancas y preciosas villas

de Águilas, Vera y Sorbas. Doblaron luego el cabo de Gata y entraron en una hermosísima bahía en el fondo de la cual descansaba la que fue llamada *la perla de los mares*, la *Urci* de los romanos.

No es posible decir en virtud de qué secreto instinto hubo Octavio de sentir previas simpatías por la ciudad que se disponía a visitar, no quedando, a Dios gracias, defraudadas las esperanzas que había concebido de que Almería había de gustarle.

-¡Almería -dijo- es una perla morisca dentro de un estuche moderno!

Y, en efecto, Almería es muy interesante ciudad. Préstala mucha seducción los restos árabes de la Alcazaba que domina la población; las calles de la parte alta o antigua son tortuosas y estrechas, pero limpias como el oro, conociéndose que se presta mucha atención a la policía urbana. Bonitas son sus plazas; la catedral es



Vista del puerto de Almería. (Reproducida del libro *Almería entre dos siglos*, La Voz de Almería).



Construcción del impresionante puente sobre el río Andarax (a la altura de Santa Fe) para la línea ferroviaria Almería-Linares, hacia finales de la década de los 80 del s. XIX. (Colección IEA).

singular: es un edificio gótico de mediados del siglo XV, pero que, con sus almenadas torres en los cuatro ángulos, semeja mejor una fortaleza, y fortaleza era, habiéndosele dado dicha disposición para rechazar las irrupciones que en aquellos tiempos hacían con harta frecuencia en nuestras costas los piratas berberiscos.

La parte moderna en nada se diferencia de lo que son los barrios modernos de todas nuestras ciudades.

Pero lo que más le agradó a Octavio fue la actividad comercial que en el apenas comenzado muelle y en la playa se veía. Grandes barcazas conducían a bordo de los vapores fondeados en la espaciosísima bahía inmensas cantidades de esparto, mineral de plomo y sosa, mientras otras venían cargadas de carbón y géneros catalanes.

Hablando nuestros viajeros con una distinguida persona de la localidad hubieron de elogiar el espíritu mercantil e industrial de que daban muestra los habitantes, a lo cual respondió dicho caballero:

- Almería prospera y aumenta de población; hoy tiene 36.000 almas, es cierto, pero no es, ni de mucho, lo que pudiera ser por falta de vías de comunicación;

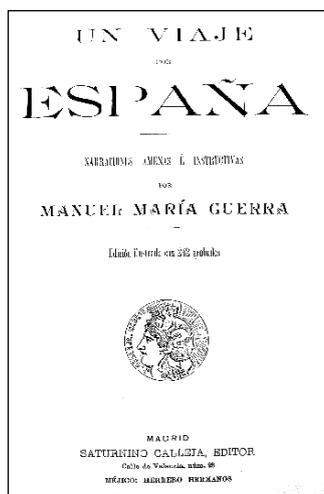
confío, sin embargo, en que no habrá de tardar mucho en inaugurarse la sección de aquí a Guadix, que deberá continuar luego hasta Linares. No pueden Vds. imaginarse las riquezas sin explotar con que cuenta esta provincia; no sé como hay quien vaya en busca de fortuna a América cuando éste es un país virgen, o poco menos.

Aunque el terreno es muy montuoso, no puede desearse más en cuanto a fertilidad; podría criarse aquí el gusano de seda como en ninguna parte del mundo; nuestras montañas encierran minas de cinabrio, de plomo argentífero, de hierro, de cobre, de plata; nuestras canteras de mármoles y jaspes son inagotables; a lo largo de nuestros ríos, del Adra, del Almería, del Almanzora, extiéndense deliciosas llanuras en que se dan los más exquisitos frutos; pero no podemos dar salida a nada por estar incomunicados.

Trataron nuestros amigos de animar al digno almeriense o urcitano augurándole mejores días para la provincia, y no teniendo más que hacer allí, volvieron a bordo para continuar por mar su viaje a Málaga, ya que por tierra habrían de llegar, según les dijo el señor, el día del juicio final por la tarde, por más que, indudablemente, fuese un camino sumamente pintoresco.

1896

Manuel María GUERRA



Es un personaje desconocido para los repertorios biográficos y otras fuentes de información. A pesar de haber buscado su biografía en todos los medios disponibles a nuestro alcance, no hemos hallado dato alguno, excepto la relación de sus obras.

De su bibliografía a nosotros nos interesa el viaje por España. Es una obra curiosa, pues no redacta el relato en primera persona, sino que crea unos personajes que son los que recorren el país: tres jóvenes *salamanquinos* que viajan por las provincias de España para completar su educación científica y moral. Los criterios que siguen para visitar un pueblo son tres: la belleza de su emplazamiento, su significación histórica y su importancia.

Tras visitar Lorca se acercaron a Almería, ciudad de la cual tan solo citan los edificios más notables. Esta breve descripción de nuestra ciudad está recogida en la página 228-232 de su obra *Un viaje por España: narraciones amenas é instructivas*, editada en Madrid por Saturnino Calleja en 1896¹⁸⁰, (Biblioteca Perla; II); p. 7-11.

En nuestro viaje, puramente recreativo, sólo tres causas tienen valor para obligarnos a visitar un pueblo: la belleza de su emplazamiento, su significación histórica y su importancia actual. A lo primero, sólo debemos atender por excepción; a lo segundo, las más de las veces; a lo tercero, siempre...

LORCA Y ALMERÍA

Renuncióse al retroceso, y aun a volver en dirección a Lorca, célebre por su pantano, por sus paseos, templos y campiña, y tomaron la decisión de procurarse pasaje en un vapor que fuera a Almería.

No resultó esta empresa trabajosa, pues había buena proporción de pasajes en los barcos destinados a trasladar de unos puertos de Levante a otros, y de éstos a Argelia, los braceros que emigran para trabajar en dicha colonia francesa.

Pocas horas de navegación y un tiempo bonancible bastaron para que Carreros y los suyos llegasen a Almería, ciudad de agradable aspecto, que toma su nombre del árabe *al-mariat*, que significa lugar despejado, de grande horizonte.

Pronto vieron los edificios más notables, entre los cuales figuran el seminario de San Indalecio, fundación de los primeros años del siglo XVIII, y la catedral, que es un templo gótico que data de un siglo antes. El castillo o alcazaba, que por cierto conserva vestigios de un palacio del rey moro, y que domina la plaza desde un cerro, demuestra el interés que en conservarla tuvieron los árabes, que ya en tiempo de Abd-el-Rahamán establecieron allí una atarazana para fomentar la marina, y que cuando Alfonso el Emperador la recuperaron, diez años más tarde, permaneciendo mahometana otros tres siglos, hasta que los Reyes Católicos la hicieron suya en 1489.

Fenicia, cartaginesa y romana, Almería conserva en su territorio testimonios indiscutibles de que su gran riqueza minera fue explotada en tiempos muy remotos y está llamada a tener mucha prosperidad, a que es lógico la conduzcan las aptitudes de sus naturales y los productos del suelo y del subsuelo, éste de valor incalculable.

¹⁸⁰ La fecha de edición no aparece en la portada del libro, pero la conocemos por Palau 109809.

1897

Sinesio DELGADO GARCÍA



(Támara de Campos, 1859 - Madrid, 1928). Hijo de un médico cirujano, por imposición paterna, estudió la carrera de Medicina en Valladolid, aunque su verdadera vocación era la literatura, a la que se dedicó de por vida, siendo un autor muy prolífico, escribiendo artículos en prensa, poesías, cuentos, novelas, obras de teatro y canciones. Publicó abundantes artículos en más de cincuenta periódicos y revistas españolas conocidas: *ABC*, *Blanco y Negro*, *La Caricatura*, *La Correspondencia de España*, *La Época*, *El Heraldo de Madrid*, *El Imparcial*, *La Iberia*, *La Ilustración Ibérica*, *La Ilustración Española y Americana*, *El Liberal*, *El Madrid Cómico*, *El Mentidero*, *El Nuevo Mundo*, etc. Entre 1883-1898 dirigió el semanario satírico *El Madrid Cómico*, convirtiéndolo en la mejor revista de humor de su tiempo. En 1899 creó la Sociedad de Autores de España, que hoy persiste bajo el nombre de Sociedad General de Autores.

Sus ideas eran muy adelantadas, defendió a la largo de su vida la no intervención de España en los conflictos bélicos de la I Guerra Mundial, la inserción de la mujer al mundo laboral, el derecho de la mujer a participar en el sufragio universal y la creación de un ejército profesional.

A finales del siglo XIX, junto al dibujante Ramón Cilla (Ramí Gilla), recorrió distintos puntos de España, recopilando datos que fueron publicados en *El Madrid Cómico* con la denominación *España al terminar el siglo XIX: apuntes de viaje* (Madrid, 1897). En sus apuntes de viaje cita la ciudad de Almería y algunos puntos: Huércal Overa, Vera y Sorbas, entre las páginas 56 a 69.

El Gobierno de la Nación considera la provincia de Almería como país extranjero. Sentada esta afirmación, que a primera vista parece un disparate, pasaremos a demostrarla.

I

HUÉRCAL OVERA

Lo primero con que tropieza uno al llegar a la estación de Huércal Overa es un carabinero de los llamados *de costas y fronteras*, encargado de hacer un minucioso registro en los equipajes. Y ahora pregunto yo:

- ¿Huércal Overa es pueblo costero?
- No, padre.
- ¿Huércal Overa es pueblo fronterizo?
- Tampoco, padre.



Vendedoras de avellanas en Huércal Overa.



Un rincón del mercado de ganado en Huércal Overa.



Grupo en el mercado de Huércal Overa.

Pues ¿con qué derecho me hacen abrir a mí una maleta, recién desembarcada del correo de Madrid, en un pueblo del interior, siendo así que, lleve en ella lo que lleve, no hay ni puede haber ley, real orden ni reglamento alguno que autorice a cobrarme derechos de aduanas? Y si hay, porque los debe haber, carabineros en Huércal Overa que examinen cuanto viene en los trenes, ¿por qué no los hay también en la estación de Getafe, y en la Medina del Campo, y en la de Bonete-Higueruela, pongo por ejemplo? ¡Misterios de la organización administrativa de mi querida patria, que Dios conserve integra y vigorosa muchos años! Ello es que todo lo que yo llevaba en la maleta está sujeto efectivamente al pago de los consabidos derechos: cajas de placas, francesas por añadidura, géneros de punto sin estrenar y tabaco de Cuba; y el digno aunque humilde representante del Ministro de Hacienda se contentó con introducir el negro guante natural con que le ha dotado la naturaleza, revolver las cajetillas, los calcetines y las placas y... mandarme cerrar con toda la cortesía que le fue posible. Luego ya sabía de antemano que

Huércal Overa no es frontera ni costa, y que no podría cobrarme nada aunque hubiera metido encajes de Flandes y porcelana de Sevres. Y si él lo sabía, y me registraba sin embargo obedeciendo órdenes superiores, queda probado que, puesto que Madrid es España y de Madrid iba la maleta, la provincia de Almería no lo es, en opinión de quien había dado las órdenes. Que era lo que yo me proponía hacer constar. Y queda terminado este incidente.



Todos los lunes se celebra en Huércal Overa mercado de ganados, ordinariamente muy concurrido, porque a él acuden campesinos de toda la comarca a vender y comprar cerdos, mulas y borriquillos, y, por consiguiente, no pueden faltar gitanos, chalanes y comerciantes *menudos*. Así es que la entrada en el pueblo por la carretera que conduce a la estación, entre los numerosos y animados grupos que ocupan en pintoresca confusión todas las calles del tránsito, basta para conocer de golpe a toda la población y los tipos característicos de las cercanías. Son éstos, en general, árabes hechos y derechos; no les faltan más que el jaique y las babuchas para encajar perfectamente en aquel fondo de casitas bajas, blancas y con terrados que forman los barrios extremos y gran parte del centro de la población de Huércal Overa. Y da gloria ver, a la caída de la tarde, desparramarse por todos los senderos y caminos de la árida campiña y de la terrosa montaña grandes caravanas de labriegos, hombres, mujeres y chiquillos que tornan a sus hogares.

II

La fundación de Huércal Overa data de fines del siglo XV y tuvo por origen la fusión de dos caseríos llamados Overa, el uno, y Huércal, el otro, separados por regular distancia. Por mutua conveniencia se derribaron las casas que constituían el primero y sus habitantes se fueron a vivir con los del segundo. De ahí proviene el doble nombre del pueblo, que abarca en la actualidad un perímetro bastante grande y está formado por calles larguísimas, rectas y con casas de puro estilo árabe, como tengo dicho, de un solo piso las más y con techumbre de teja las menos.

Su distribución interior es originalísima. No tienen más puerta que la que da a la calle, y, pasada ésta, se en-



Tomando el sol en Huércal Overa.



Calle del Arco en Huércal Overa.

cuentra una especie de zaguán que en algunas sirve también de cocina. A las demás habitaciones se entra por arcos abiertos frente a la puerta principal en los tabiques divisorios. La mayor parte de las viviendas constan de tres habitaciones y, por consiguiente, tiene dos arcos. Como la temperatura es templada en el invierno, en cuanto llega el verano el interior se convierte en un chicharrero; y los vecinos duermen en mitad de la calle.

Hay en las vías principales algunas casas de construcción moderna, con dos o tres pisos, cuya distribución y condiciones son iguales a las de las demás regiones de la Península, sin carácter alguno particular.

Los habitantes de Huércal Overa son de puro abo-lengo; contrabandistas, atrevidos y temerarios, lo cual explica hasta cierto punto la presencia de los carabineros de infantería y caballería, ¡pero no en la estación para hacer abrir maletas humildes!

Al pasar por la plaza, ya de noche, nos chocó ver abiertas las puertas de la iglesia, hermoso templo gótico, severo, y sencillo, con un altar mayor muy notable,

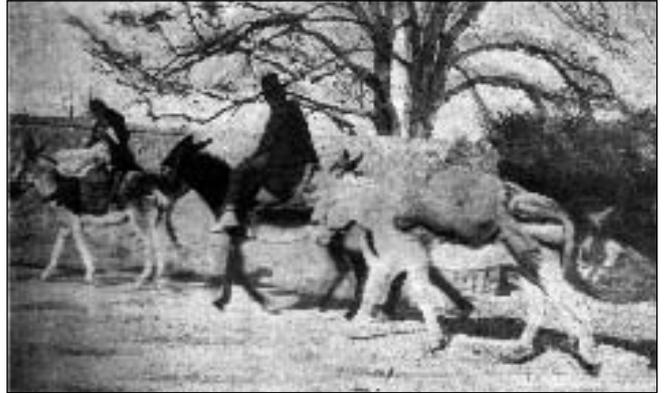
y entramos atraídos por la curiosidad. No hay sensación parecida a la que experimenta el viajero al visitar a tales horas la casa del Señor, en un país lejano del suyo, y arrodillarse en unas losas jamás pisadas y contemplar unas naves nunca vistas, a la débil claridad de las mortecinas lámparas y ver allá lejos las sombras de sacerdotes y monaguillos que preparan apresuradamente no se sabe qué. Y cuando en la semioscuridad de una capilla se oyen los primeros toques de la campanilla del Viático, se pone el corazón como una avellana y se piensa en todo lo que se ama en el mundo.

Formamos parte del cortejo, que empezó a caminar lentamente por las morunas calles, a las que prestaban melancólica poesía los pálidos resplandores de la luna, y fuimos a visitar por primera y última vez, con las boinas en las manos, a aquel desconocido que se moría. Hay aquí, según me dicen, una costumbre que debiera desaparecer. Cuando un enfermo se pone en trance de muerte y el médico augura su fin próximo, suena en las campanas de la parroquia lo que se llama el *toque de agonía*, toque lúgubre que puede oír perfectamente el moribundo,





Plazuela de la Verdura en Huércal Overa.



De vuelta del mercado. Huércal Overa.

y aun preguntar la causa para obligar a la familia a inventar un piadoso embuste.

Hemos venido a parar a la *Fonda de Alcaraz*, según reza un cartelón colgado en la fachada, y que no es más que una casa modestísima, donde hay, sin embargo, gran limpieza y donde se come perfectamente. Y a propósito, he tenido ocasión de probar los rábanos del país, que son largos como de una cuarta y carecen del picante característico... de modo que no parecen rábanos.

Después hemos ido al Casino, edificio construido de nueva planta para el objeto a que se destina, en la plaza, al lado de la iglesia, y cuyo aspecto difiere notablemente del de los demás del pueblo. Tiene una magnífica escalera central, desde cuyo primer rellano parten dos laterales, y espaciosos salones... algo destartados. En uno de ellos hemos tomado café, y a la salida, a las ocho y media de la noche, hemos encontrado el pueblo silencioso y solitario, alumbrado por la luna que velaba el sueño de Huércal Overa, blanqueando las terrazas.

Indudablemente mañana nos despertará el *muezzín*, saludando la salida del sol desde algún minarete.



III

No fue el *muezzín*, sino un vendedor medio gitano que gritaba a voz en cuello:

-¡Pescado fresco! ¡Pero muy fresco! ¡Que acaba de llegar! ¡Lo tengo en la manooooo!... Así, sin quitar ni poner una frase.

Y poco después empezó a sonar en las campanas el *toque de agonía* que despedía de este mundo al infeliz a quien vimos sacramentar anoche. Bajo tan mala impresión salimos por la carretera adelante a conocer las cercanías del pueblo, azotados constantemente por un vientecillo de Levante que levantaba en alto.

El mercado de las verduras, situado junto a la carretera, se compone de unos cuantos tinglados con tejadillos de paja, de un aspecto tan raro que, en aquella plazuela de casucas blancas, da al conjunto cierta originalidad.

Los alrededores de la población, accidentados de suyo, pues en ellos se apoyan las últimas estribaciones de la sierra, están cuajados de chumberas materialmente. Ustedes habrán visto esta clase de plantas tendidas en hilera en los bordes de los caminos o en los límites de las heredades, pero no tienen ustedes idea de lo que es una gran extensión de terreno ocupada exclusivamente por ellas, formando apretado bosque. Las enormes paletas verdes, erizadas de púas, se juntan y enlazan formando escaso muro casi inexpugnable. Y es que casi la única producción del país es la de los higos chumbos, e higos comunes, muy pequeños, que se llaman *pajareros* por su menudencia y tienen un sabor exquisito.

El vecindario es pobre, tanto que en su gran mayoría se alimenta casi exclusivamente de *gachas*, lo cual no impide a las mujeres ser asombrosamente fecundas. De cada diez que se encuentra uno por la calle, seis por lo menos, llevan retoño en brazos. Las susodichas representantes del sexo femenino en Huércal Overa tienen el rostro bronceado y crespos los cabellos, y usan generalmente las de la clase baja mantón terciado al desgaire, como la gitanería, o recogido cubriendo la



Calle de las Cubas en Huércal Overa.



En mitad del arroyo.

cara, excepto los ojos, ni más ni menos que las hembras marroquíes. Dícneme que corre sangre árabe por sus venas y que son ardientes y apasionadas como sus antepasadas ilustres, pero... siento no haber podido comprobar el dato. ¡Ah! Y la mayor parte no usa medias ni cosa parecida.

Son las vías principales de Huércal Overa: la calle del Arco, que partiendo de la fachada posterior de la iglesia, en la cual hay un arco sobre el que se levanta una pequeña torre con cúpula, va a terminar en línea recta en la ermita del Calvario, y la calle del Sepulcro, que forma con la primera un ángulo recto y toma su denominación de una modesta capilla que existe en su promedio.

En ambas, como en todas las demás, no hay esquina sin su correspondiente letrero, estampado con letras negras en el mismo yeso de las paredes, anunciando las funciones del teatro, en el cual actúa los domingos y demás días festivos una compañía que no se para en barras. Por lo menos los letreros consabidos rezan: *Teatro. El jueves, "La Tempestad"; el domingo, "La Bruja"; mañana, "El señor Luis tumbón"*, y otra porción de obras del repertorio moderno, casi todas de ejecución difícil y de complicado servicio escénico. Lo que es de temer, usando siempre el mismo sistema de anuncios, es que a la vuelta de pocos años no quede fachada limpia ni esquinazo incólume, y el que se encuentre con aquella copiosa colección de títulos grabados para *in aeternum* se sumerja

en mar de confusiones no sabiendo de qué jueves y de qué domingo se trata.

Las Casas Consistoriales están fuera del caso de la población, sobre la carretera, en un edificio de piedra que sirvió para las oficinas de la suprimida Audiencia, como lo demuestra el rótulo de relieve que figura en el frontis.

No puedo menos de apuntar un detalle por si pudiera ser útil a la humanidad. Uno de nuestros compañeros de hospedaje, persona seria, discreta y sumamente simpática, pero que vive hace treinta años en Andalucía, nos ha proporcionado un remedio eficaz contra los dolores de muelas, debido a una gitana. Es muy sencillo. No consiste más que en cortarse siempre las uñas en lunes. Él lo ha probado y le ha sentado divinamente.

Otro compañero, del propio Antequera, nos ha metido, en cambio, un susto regular en el cuerpo.

-Pero ¿ustedes van de veras a Almería?

-Sí, señor; por Vera y Sorbas.

-Pues, camará, ya lo verán ustedes, jezo e la via perdurable! ¿Y cómo piensan ustedes vorvé a Madrí?

-Tomando un vapor hasta Cartagena.





Un lavadero en Vera.

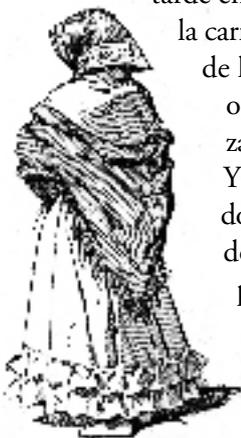
-¿Embarcaos? ¿Y en ezte tiempo? !A ustés se los comen los peses en er Cabo e Gata!

IV

DE HUÉRCAL OVERA A VERA

La diligencia sale de Huércal Overa a las cuatro de la tarde, para llegar a Almería al día siguiente a las siete de la mañana. Es, pues, la *vía perdurable*, como decía el de Antequera. El camino de la primera etapa, es decir, de Huércal a Vera, es de los que no se olvidan fácilmente. Parece que el ángel malo, en un momento de humor negro, ha cogido entre los dedos un pedazo de tierra fértil y lo ha estrujado y arrugado dejándolo improductivo y feo como él solo. El coche sube y baja durante dos horas por empinadas cuestas grises, peladas, monótonas, sin vestigios de cultivo ni asomos de vegetación. Muy de tarde en tarde se ve a uno u otro lado de

la carretera un pequeño trozo de tierra de labor, recién arada, de un color ocre amarillento, que acaba de lanzar a los abismos de la melancolía. Y vuelta en seguida a los accidentados yermos y a los vericuetos mondos y tirondos. Sólo al cruzar un pequeño valle, bañado por el río Almanzora, sobre el cual tiene la carretera un magnífico puente de hierro, puede entrar la sospecha de que se viaja por Andalucía.



Viene con nosotros, en distinto departamento del coche, un señor inglés que viaja con gabán de pieles y sombrero de copa y se apea para dar un paseo, peripuesto y acicalado como si estuviera en Hide Parck, cada vez que el mayoral tiene que arreglar alguna correa del tiro o echar un trago en alguna venta. Es curiosísima la figura de aquel hombre, iluminada por la luna sobre aquel fondo de montañas terrosas y tristes. Como el techo del coche viene al ras de la cabeza de cualquier nacido de mediana estatura, ignoro lo que hará el inglés allá dentro con la

chistera... y me figuro cómo estará el flamante gabán de pieles al llegar a Almería.

A medida que nos aproximamos a Vera cambia de condiciones el terreno, hasta venir a parar en una vega pintoresca, adornada por multitud de huertos, cuya frondosa vegetación se recorta sobre el fondo de una noche clara y serena.

LLEGADA Y HOSPEDAJE EN VERA

El trompeteo incesante del conductor indica que cruzamos las calles de la ciudad, estrechas y largas, y después de un sin fin de vueltas y revueltas arribamos al parador, donde habrán de cambiar de coche los infelices que sigan adelante y, por lo tanto, el señor del gabán de pieles.

Inmediatamente asalta los estribos una turba de muchachuelos que ofrecen hospedaje.

-Señorito -repite uno muchas veces como una carrerilla-, ¿se vasté a vení a la fonda de Garrucha, del Realiyo, que está aquí a la vera, y que es el pupilo más barato, y con más aseo, y más curiosidá y más too?

De buena gana hubiera visitado la fonda del *Realiyo*, aunque no hubiera sido más que por la curiosidad; pero consideré preferible quedarme en el parador de la diligencia, puesto que allí habíamos de embarcar de nuevo veinticuatro horas después. Y vive Dios que el tal parador, ofrecía un aspecto *sui generis*. Allá, al fondo de un portalón inmenso, se veía la mesa puesta bajo un farol



Una familia de los arrabales de Huércal Overa.



A la puerta de la lonja en Vera.

pendiente del techo y se adivinaban en la penumbra escaleras y corredores. Por unas y otros nos condujo el guía al primer piso y nos hizo entrar en una habitación grandísima, alta de techo, con espaciosa alcoba, adornadas ambas con sillería forrada de yute, consola con floreros, mesa de mármol, *portiers* y todos los refinamientos de un hotel encantado. ¡Quién pensaría encontrar tantas comodidades en Vera, lejos del mundo, perdida entre las escuetas montañas!

Por si semejantes gangas fueran pocas, sobre la consola había un prospecto que decía así: “*Teatro Cervantes. Debut del primer tenor D... Fulano de Tal. La zarzuela en dos actos Marina. La bonita zarzuela en un acto El tambor de granaderos. A las ocho y media*”. ¡Hay teatro, y de Cervantes, y se hacen la *Marina*, que requiere ejecutantes con agallas y abundante masa coral, y *El tambor de granaderos*, con banda de tambores, charanga militar, decoraciones complicadas y trajes vistosos! ¿Puede pedir algo más un espíritu fatigado por los paisajes áridos y monótonos?

Fuimos a tomar café en uno establecido al lado del parador, frente a la iglesia, y allí nos encontramos otro cartel, mitad impreso y mitad escrito a mano, anunciando la función en la misma forma, pero con un aditamento importante, porque a la cabeza, en letras gordas, decía: “*Debut del eminente primer tenor D... Fulano de Tal*”. Sigo ocultando el nombre por no hacer el reclamo.

¡Eminente! ¡Un tenor eminente! ¿Les parece a ustedes poca suerte la de descubrir en Vera una eminencia lírica, ahora que van escaseando hasta en el cerebro de Europa?

V

SESIÓN DE ZARZUELA EN VERA

Llegamos al coliseo a las ocho y media en punto, tomamos una platea nada menos, para darnos siquiera una vez tono de potentados, y penetramos en el local después de forcejear bravamente con dos docenas de capitalistas de quince años para abajo que pataleaban furiosamente en la puerta empeñados en entrar gratis a ver a los cómicos.

La sala, no mal acondicionada, érase completamente a oscuras y vacía. El telón estaba levantado y los carpinteros colocaban la decoración de playa, amontonando trastos de distintas clases y colores, mientras pasaban y repasaban las coristas con los líos de ropa que acababan de recoger en la sastrería.

Luego empezó a formalizarse aquello, echaron el telón y aguardamos todos, los de dentro y los de fuera, a que viniera la gente. Los palcos plateas, únicos que hay, tienen la particularidad de carecer de sillas propias, y es preciso traerlas de casa. A nosotros nos resolvió el conflicto un caballero muy amable que nos las proporcionó inmediatamente. Ya estábamos para rendirnos al sueño cuando vieron a salvarnos de semejante falta





Un "capitalista", en Vera.

Mercado de verduras en Vera.

de educación dos hermosas mujeres; morena la una con cabellos rizados y tentadores hoyuelos en las mejillas, y rubia la otra, simpática y dulce como miel alcarreña, que entraron en el palco de al lado. Porque aunque uno no lleve intenciones de enamorarse ni cosa que lo valga, el caso es que cerca de un par de mujeres bonitas, o de una mujer bonita sola... ya no se duerme uno.

Por fin, a las nueve atacó los primeros compases la orquesta, que era muy aceptable y mucho mejor de lo que había derecho a esperar, y empezó la representación ante regular concurrencia de respetable público.

Los coros, compuestos de cuatro varones y cinco hembras, estaban endemoniados, y no había modo de sujetarlos para que cantaran al unísono. Cuando empezaron

a contar aquello de que habían visto: "*de Jorge la cara morena*" había que taparse oídos. Y hete que, sobre frágil barquilla, apareció el héroe de la fiesta, el eminente, etc., etc., con su sombrero de paja y su clásico pantalón de dril, y exclamo conmovido: "*Costas las de Levar... tel...*".



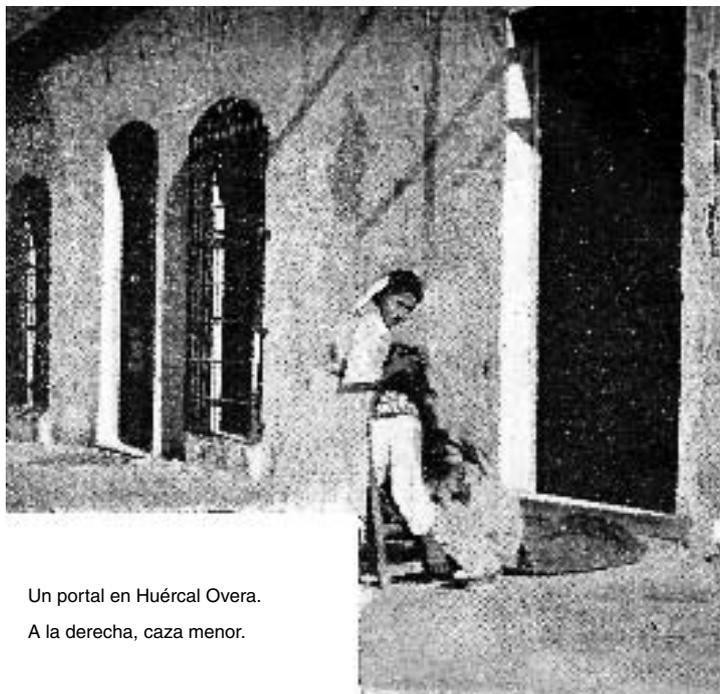
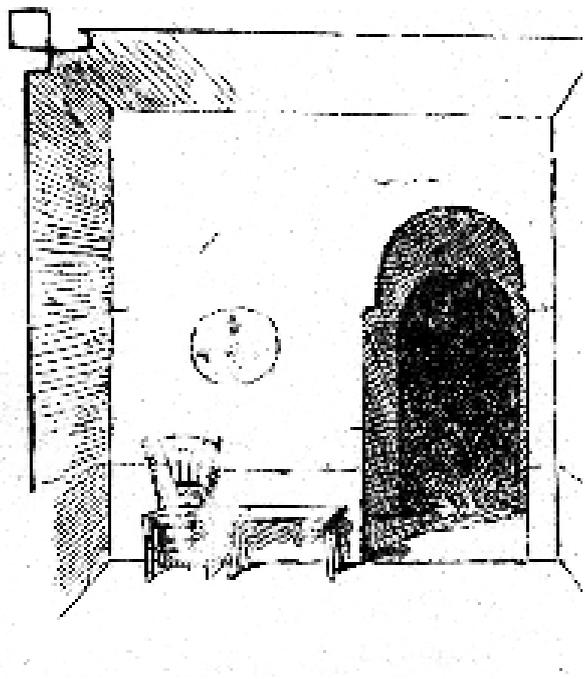
Así, con erre, para que no nos cupiera duda de que pertenecía a la buena escuela. Se adelantó a

las candilejas y justificó plenamente la eminencia que le propinaba el cartel a fuerza de posturas, desplantes, aspavientos, ademanes y jeribeques. Porque la voz ¡ay! la voz no la encontró a mano.

Y continuó y terminó felizmente la representación con la consiguiente brega del exiguo coro que se veía y se deseaba para llenar la escena, y sin otro incidente digno de mención que uno del final, que no sería justo pasar en silencio.

El marinero que trae a la protagonista, muy oportunamente por cierto, una carta de su padre, ya difunto, cumplió a trancas y barrancas su cometido y trató de volverse al hotel. Pero los maquinistas tiraron antes de tiempo del carrito que simulaba la embarcación, y mi hombre se quedó en tierra. ¿Ustedes creen que se apuró por eso? Pues no, señores; dio un salto desde la playa y echó a correr sobre las olas rugientes para alcanzar a la frágil barquilla, cosa que no pudo conseguir; por lo menos a la vista del público. De modo que es de suponer que a estas horas estará... como estamos nosotros en el Cabo de Gata: comido de *peses*. Porque no es creíble que aquello de taconear sobre las aguas pudiera durar mucho tiempo.

Terminó la fiesta con el esperado *Tambor de granaderos*, en el cual, y dicho sea en descargo de la conciencia, todos los interpretes pusieron de su par-



Un portal en Huércal Overa.
A la derecha, caza menor.

te cuanto pudieron, dada su modesta categoría, para hacernos pasar un rato de solaz honesto. La primera decoración, que debe representar una plaza con un cuartel al lado, una botillería a otro y un convento en el foro izquierda, no era sino una frondosa y tupida selva con unos cuantos trastos de puerta desperdigados a la buena de Dios. ¡Y aun aquello no se comprende quién y cómo lo ha traído a Vera a través de la cordillera endiablada! La banda de tambores se componía de dos mujeres, la militar se redujo a un clarinete y un cornetín en la orquesta, y el pueblo que presenciaba la jura de bandera no pasaba de cinco personas. En cambio, en la vestimenta no faltaba un detalle. La tiple, casi una niña, no carecía de desenvoltura y donaire, y como desgraciadamente casi toda la música la cogía en el pase de la voz, en cuanto agarraba por su cuenta una nota alta, apretaba de firme y el teatro se venía debajo a bravos y palmadas.

En resumen, la función satisfizo al auditorio, incapaz de meterse con nadie...

VI

PASEOS POR VERA

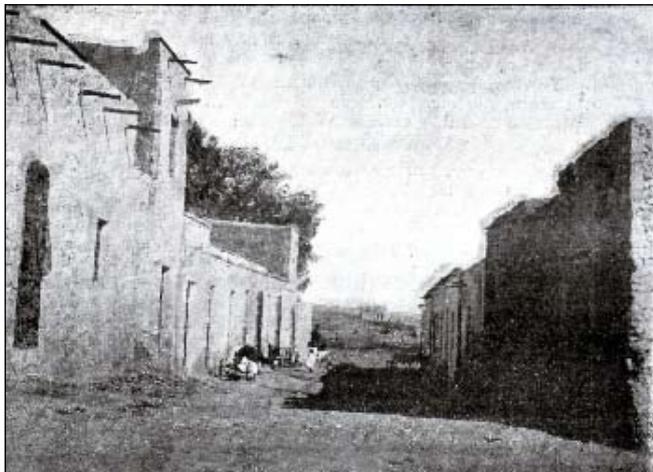
Vera, según las crónicas, estuvo edificada antiguamente en un cerro cercano, pero un temblor de tierra

la destruyó casi por completo y fue levantada de nuevo en el sitio que hoy ocupa. Determinación acertada, que hizo de la ciudad una de las más alegres y pintorescas de la región.

Figúrense ustedes un extensísimo valle, en que abundan los árboles frutales de todas clases, con infinitud de blancos caseríos con su correspondiente empujado delante de la fachada, bajo un cielo transparente de un azul purísimo, bañado por los rayos de un sol esplendoroso y brillante; figúrense ustedes una populosa población morisca, rodeada de huertos de palmeras y naranjos, con sus calles de casitas blancas, de un solo piso, siempre llenas de gente, y tendrán ustedes aproximada idea de lo que es Vera... en pleno invierno ¡Ah! Porque esto de la temperatura raya en lo inverosímil. Asombra ver a las criaturas de pocos años, quince días antes de Navidad, corriendo por las calles en camisilla, y da mucho gusto buscar la sombra de los árboles cuando se tiene el convencimiento de que unas cuantas leguas más arriba se están helando los gorriones.

Nosotros hemos querido hacer a pie una excursión al puerto de Garrucha, distante nueve kilómetros próximamente





Una calle de Vera.



Entrando en la ciudad de Vera.

te, y hemos tenido que volver atrás desde la mitad del camino, sudorosos, jadeantes, con verdadera sofocación irresistible...

Desde la especie de terraza que a la salida de la población por la parte de Oriente sirve de paseo se alcanza a divisar un panorama hermoso, cerrado a un lado por las crestas de Sierra Almagrera y limitado al frente por el Mediterráneo, donde resalta en la lejanía la nítida blancura de las velas, que, como han dicho muchas veces los poetas marítimos, parecen gaviotas.

La iglesia de Vera, que también carece de tejado, o así por lo menos lo parece, tiene por fachada un paredón liso, de ladrillo y piedra, con algunos escudos medio borrados, y una puerta como la de cualquier casa particular. La torre no puede ser más sencilla: consta de las cuatro paredes y un tejadillo encima, sin más adornos ni floreos. El interior del templo es de estilo gótico primitivo, la sencillez misma. Resulta pequeño y pobre, pero tiene un no sé qué que incita al recogimiento y llega al alma.



La Lonja, o mercado cubierto, es un edificio de época remota, restaurado y concluido en la primera mitad del siglo presente. Y no hay, que yo sepa, otras construcciones o monumentos que llamen la atención; pero ¿qué falta hacen, si la atrae poderosamente el conjunto?

Morisca es la ciudad, africanos el cielo y la campiña, moras las mujeres con sus alpagatas calzadas en chancleta, a guisa de babuchas, con sus mantones colocados sobre la cabeza, como una capucha, y sueltos después como un jaique; árabe enteramente el modo de sentarse hechas un ovillo en los mercados o en los quicios de las puertas... ¿Qué cosa más curiosa puede pedirse ni qué más característico y más original puede desearse?

!Bonita es de verdad la ciudad de Vera, y atractivos tiene en sí suficientes para encantar al viajero!

Cuando esta provincia, completamente abandonada por el Estado en lo relativo a comunicaciones, quede, gracias a la locomotora, en disposición de ser visitada y admirada como merece, se apreciará esta belleza casi desconocida. Pero... tal vez entonces, y por ese solo hecho, pierda los rasgos típicos que constituyen su principal encanto.

No es comparable a nada, sin ir más lejos, la alegría de los emparrados que adornan todas las fincas del valle, apoyados sobre pilares cuadrados, cubierta la techumbre de hojas siempre verdes y formando una especie de soportal bajo el cual se dedican las mujeres a sus quehaceres domésticos.

Pues ¿y los lavaderos? Forman animados grupos o lavan dentro de la acequia, recogidas las faldas más arriba de la rodilla, aquellas gitanazas casi negras, con el pelo enmarañado, los ojos como carbones, alto el seno, encendidos los labios y llameante y dura la mirada... ¡Ay! La fotografía estará en pañales mientras no le sea posible copiar el ambiente y los colores.



Una cacharrería de Sorbas.

VII

REFLEXIÓN SOBRE LAS COMPAÑÍAS DE TEATRO AMBULANTES

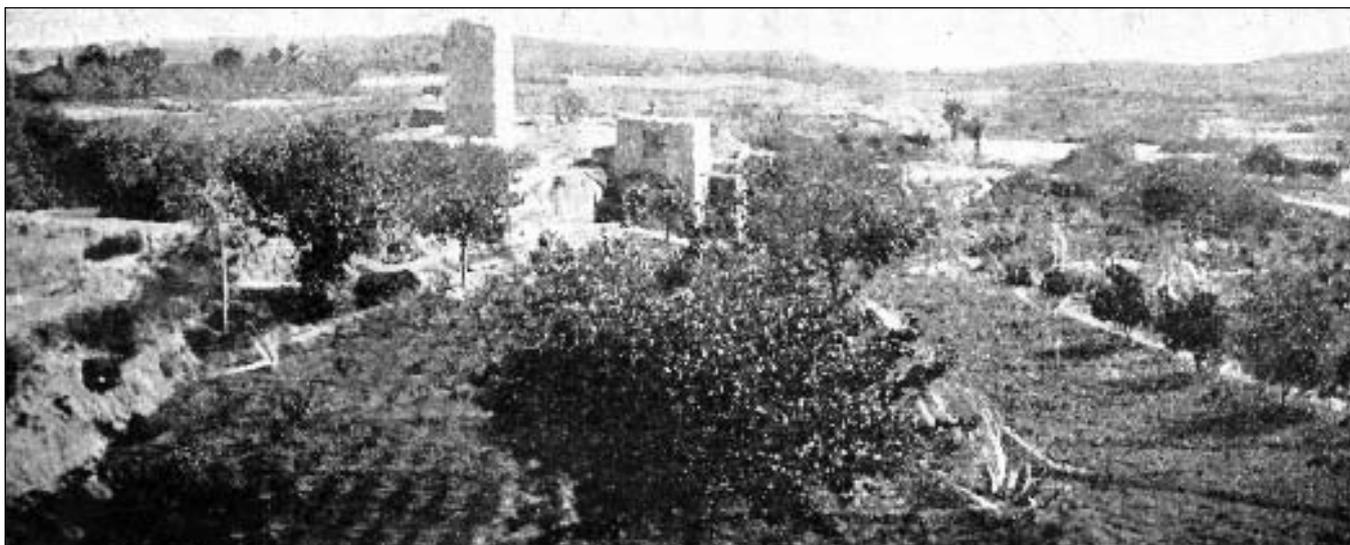
¿Han comido ustedes alguna vez melón con limón? ¿No? Pues prueben ustedes. Es un postre, así como la carne de membrillo, obligado en esta tierra, que deja en la boca un sabor agrisado y un aroma especial muy parecido al de la lima. Pero hay que saber hacer la operación para no desvirtuar el efecto. Allá va la fórmula. Cogerán ustedes la raja del melón y la partirán ustedes previamente en pequeños trozos. Después pincharán ustedes el limón con el tenedor, cuidando de no atravesar por completo la cáscara, y enseguida prenderán ustedes el trozo de melón... con objeto de llevárselo a la boca. Y así sucesivamente, pinchando siempre en el limón antes de coger el melón hasta que concluyan ustedes la raja... si les ha gustado el primer trozo. Que sí les habrá gustado a ustedes.

Hemos tomado café, y entablado conversación con algunos actores de los que actúan en el Teatro Cervantes.

Vienen rodando de pueblo en pueblo hace unos cuantos meses, en el tren, en diligencia, en carro, aperreados, molidos, sin tiempo para ensayar y prepararse. Doy por retiradas todas las bromas inocentes que me he permitido antes acerca de las representaciones de *El tambor* y de *Marina*, y no borro lo escrito porque todo debe quedar para que resulten verdaderas e ingenuas estas impresiones de viaje: la opinión anterior y el arrepentimiento de ahora. Todos están contentos llevando a cuestras la cruz pesadísima del arte, luchando siempre con obstáculos enormes, con dificultades imprevistas, con las exigencias de un público reducido que pide variedad de trabajo obligando a forzar la máquina del estudio. Solamente truenan y protestan a una contra la argolla de los archivos...

Y puesto que ahora me sale al paso ahora voy a tratar de esta cuestión, que no debe quedar sin tocar en estos apuntes, pues aunque no afecta a región alguna determinada y es si se quiere trivial y nimia, reviste gran interés para el actual movimiento ar-



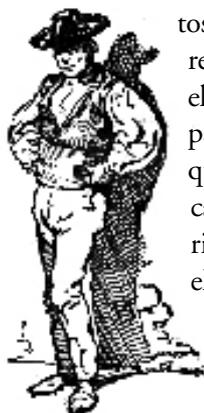


Paisaje de los alrededores de Vera.

tístico de España, decadente y fútil tal vez, pero movimiento. La explicaré brevemente.

La base del sostenimiento de la mayor parte de las compañías dramáticas es el repertorio de zarzuelitas en un acto. Éstas, como las grandes, necesitan para su ejecución naturalmente los papeles de orquesta, sin cuyo requisito esencial no hay Dios que toque. Pues bien, la copia de estos papeles era no hace muchos años del dominio público, podía hacerla todo el que quisiera. Recientemente, y por una equivocación lamentable de los libretistas y de los músicos, que creyeron que con la formación de grandes archivos de estos materiales habían de favorecerse los intereses comunes, se abolió la libertad de copiar la música y se establecieron dos grandes núcleos o almacenes, residentes ambos en Madrid y forzosamente rivales, con la autoridad suficiente, según contratos firmados por los autores, para impedir toda representación de las obras que no se hiciera sirviéndose de los materiales procedentes de los precitados archivos.

Como cada uno de éstos, sea por los gastos crecidos que exigen las oficinas, la remisión de paquetes, etc., etc., sea por el desmedido afán de lucro que acompaña siempre al monopolio, sea por lo que fuere, cobra a las compañías, como cantidad mínima, quince pesetas diarias en concepto de alquiler, desde que el material sale del archivo hasta que vuelve a él, y exige generalmente una fianza de quinientas pesetas para responder de los desperfectos,

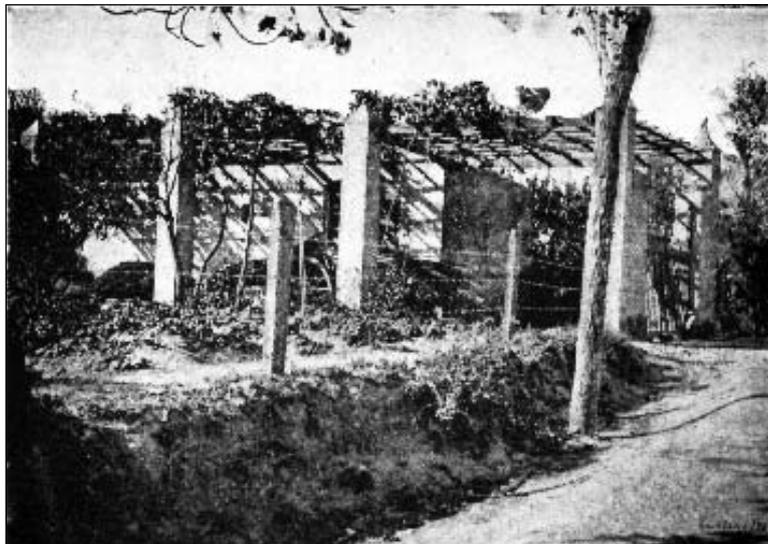


y como cada compañía ha de acudir a los dos archivos si quiere representar todas las obras del repertorio, resulta que los gastos de material de orquesta ascienden irremisiblemente a la cantidad de treinta pesetas diarias, y los depósitos a mil pesetas.

Esto por ahora. Si en vista del buen resultado del negocio se establecieran más archivos convenientemente autorizados, las compañías habrían de aumentar sus presupuestos de gastos en tantas veces tres duros como archivos se estableciesen.

Pero mientras esto no ocurra, la compañía que actúa en Vera, pongo por ejemplo, que trabaja aquí tres días a la semana, allá los jueves y domingos, y acullá únicamente los días de fiesta, tiene que empezar por depositar mil pesetas y pagar treinta diarias, funcione o no, por el alquiler del material de orquesta. Es decir, que estos infelices se despeñan por esos caminos, pasan hambre y fatigas, desaffan la indiferencia o la hostilidad del público, machacando siempre en el yunque para reunir un puñado de monedas y aumentar los fondos del archivo con lo que pudiera ser su única ganancia.

Vista la cuestión bajo otro aspecto, menos lastimoso, pero también digno de notarse, la compañía de Vera, que ejecuta tres obras en un acto en cada noche de función y paga cuatro pesetas por acto, reparte entre los seis autores, que lógicamente hay que suponer a las tres obras, doce pesetas como derechos de propiedad, dos a cada libretista y dos a cada músico... y envía treinta a los archiveros, por la gracia



Emparrado de una casa de labor en Vera.



Tipo de mujer en Vera.

de copiar lo que otros han escrito y por proporcionarla uno solo de los mil elementos necesarios para la representación de las obras. Pensando en esto he pasado toda una noche y confieso no haber podido entenderlo todavía...

VIII

RIQUEZA MINERA DE CUEVAS Y SALIDA DE VERA PARA SORBAS

La principal riqueza de esta parte oriental de la provincia consiste en la minería. Y el núcleo más importante está, o estaba, mejor dicho, en la vecina población de Cuevas, que rivaliza con Vera en vecindario y sólo de ella se distingue en lo moderno de sus construcciones. Cuevas de Vera debió su florecimiento a la explotación de las minas de plomo argentífero, existentes en la inmediata Sierra Almagrera, minas que en la actualidad atraviesan una grave crisis por las dificultades del desagüe. Encuéntrense también en las Herrerías de Cuevas yacimientos de plata nativa, y en toda la infinita serie de vericuetos que se extiende de Vera a Sorbas hay abundantes minas de hierro, pertenecientes en casi su totalidad a dos compañías que mandan a la costa sus productos por medio de un ferrocarril y de una vía de cable que cruzan la región de Este a Oeste.

La salida de Vera en el coche correo de Almería es un cuadro digno de hábiles pinceles. Llega la diligencia de Huércal y hace parada en una plazoleta a

la que corresponde la puerta accesoria del parador en que nos alojamos, con su zaguán y su patio con el emparrado indispensable.

Los viajeros cambian de coche, el zagal y los mozos descargan apresuradamente la baca del que llega y trasladan los bultos a la del que le sustituye, mientras las mulas de uno y otro entran y salen en las cuadras con alegre tintineo de cascabeles y campanillas. Pululan entre ambos los grupos de la gente que espera y despide a los viajeros, y la luna, brillando en un cielo sin mancha, ilumina el animado conjunto.

Arranca el tiro de seis poderosas mulas y el pesado armatoste empieza a rodar por las calles más céntricas de Vera, entre toques de trompeta, para recoger en la administración la valija del correo.

Como no hay otro medio de comunicación con la capital, el coche va atestado y en la berlina nos acomodamos tres personas estrujándonos mutuamente. ¡Santo Dios! ¡Cómo llegaría a su destino el señor del gabán de pieles!

No hay que hablar del paisaje, que con dificultad se adivina a través de los menguados agujeros de las ventanillas. Es exactamente igual al que se cruza de Huércal a Vera. Mentira parece que la naturaleza se haya



complacido en reunir leguas y leguas de cuevas áridas, eriales, sin un árbol ni un arroyo, como no haya sido con la idea de apocar y entristecer el ánimo de los mortales; y mentira parece también que en pleno invierno, a medianoche, en mitad de la montaña se goce de una temperatura que convida al paseo.

Así, dormitando unas veces y quejándose otras de la mala postura, se llega a Sorbas, un pueblo grande que asusta visto desde la carretera, que en violenta curva bordea sus contornos. Edificado en una cumbre escueta, cuyos cimientos ha ido desmoronando en el transcurso de los siglos el agua de una rambla que la rodea por completo, semeja un conjunto de nidos de águilas sobre empinada roca, al borde de espantable barranco. Para facilitar el acceso al pueblo se ha construido recientemente un terraplén de muchos metros de altura que, cegando la susodicha rambla, le pone en comunicación con la carretera. Desde ésta, aquel picacho erizado de casucas que se sostienen asomadas a la garganta por un milagro de equilibrio, tiene algo de fantástico y sobrenatural. Porque lo primero que se pregunta uno al contemplarlo desde la hondonada es: ¿Quién vivirá ahí? Afortunadamente la curiosidad, por nuestra parte, quedará muy pronto satisfecha.

Es decir, no tan pronto como fuera de desear, porque la diligencia hace alto en una venta situada en pleno campo, al lado de la carretera y a medio kilómetro de Sorbas. En ella pasamos la noche para evitarnos el viaje por aquellos solitarios caminos, a semejantes horas y con la impedimenta del equipaje.

IX

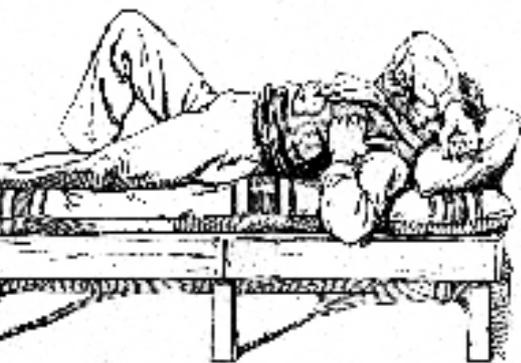
HOSPEDAJE EN VENTA ALEGRE (SORBAS)

Venta Alegre, que así se llama justamente la que nos cobija bajo su débil techo de caña, no tiene más que las cuatro indispensables paredes, de cuatro o cinco metros de altura, y en el espacio comprendido entre ellas un zaguán, con la chimenea en un rincón, formado por el saliente de un tabique que cierra un cuartito con una especie de mostrador donde se expende café caliente o bala rasa a los arrieros y mayores de la diligencia. Sin que esto quiera decir que no puedan probar también ambas cosas los señoritos que vayan y vengan de la capital.



Enfrente de este cuarto se abre otro mucho más grande, donde nos acomodamos durante nuestra estancia en Sorbas, a falta de palacios suntuosos y apuestos regios. Esta habitación descripción detallada merece, siquiera porque en ella hemos pasado uno de los días más largos de nuestra juventud problemática. Constituyen su mueblaje un arcón grande cubierto con una manta listada, dos baulitos sobre travesaños de madera, media docena de sillas con asientos de cuerda de esparto, una mesa baja, no de *pintado pino*, sino de *pino sin pintar*, con el delantal rojo de la moza a guisa de tapete, y ¡oh dolor! una tarima de una vara de ancha y media de alta, con una colchoneta raquítica y una almohada mucho más raquítica que la colchoneta.

Adornan las paredes cuatro medios floreros clavados en los muros, con ramos de plumilla de caña pintados de diferentes colores, otros cuatro enrejaditos de madera con flores de papel, un cromo de la Virgen de Lourdes, otro de la Dolorosa, otro del Niño de la bola, otro del apóstol Santiago y otro de un anuncio de hilo de coser, marca *Estrella polar*, encerrados todos en marcos rústicos. Hay además, colgados en los sitios más visibles y artísticamente colocados, una rama de membrillos, con cinco membrillos, un ramo de rosas de trazo, unas castañuelas y un espejito de una cuarta. Y perdonen ustedes el inventario, teniendo en cuenta que algunos novelistas han logrado imperecedera fama por descripciones parecidas.



Las venteras de Sorbas.

La cama de Sorbas.

Venta Alegre, Sorbas.



Hubimos de esperar, para tomar pacífica posesión de nuestros dominios, a que partiera el coche después de colocarse en él muchas más personas de las que cabían, y se despacharan los equipajes y se hiciera la distribución del correo, en un rinconcito del zaguán, a la luz de una capuchina y en presencia de una pareja de la guardia civil y otra de carabineros; funcionarios respetables que, si bien tranquilizan por el momento al encontrárselos de noche, en una venta aislada en el campo, aumentan los naturales resquemores cuando le dejan a uno solo.

Por fin salió al trote la diligencia, abarrotada de maletas, sacos y personas mayores y pudieron dedicarnos su atención las venteras. Por un exceso de bondad añadieron a la colchoneta de la tarima un par de sábanas y una manta, y transportaron un menguado catre de tijera para Cilla. Diéronnos las buenas noches y nos dejaron solos... Solos entre aquellas ásperas cuestas, a muchas leguas del ferrocarril, como perdidos en los inexplorados barrancos de Sorbas y dedicados a la espinosa tarea de cambiar las placas fotográficas.

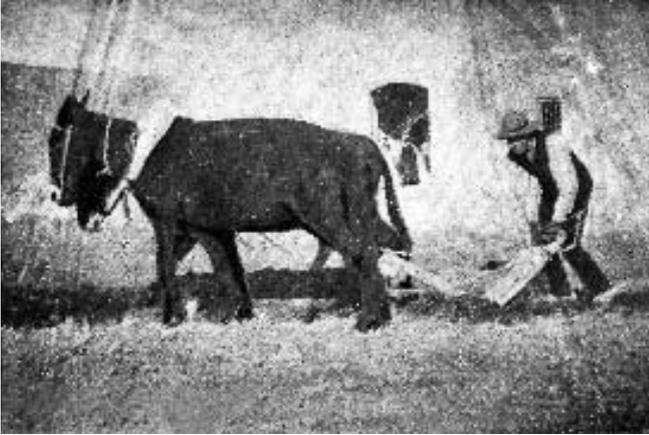
Juro a Dios que la tarima que me cupo en suerte estaba dura, y que si el lecho blando es antihigiénico, tuve ocasión de darme un hartazgo de higiene, con el cual debo quedar despachado para muchas semanas. Por añadidura, el techo de caña estaba o quería estar blanqueado con yeso, y de vez en cuan-

do caían pedacitos sobre los ojos para recordar que no somos más que tierra miserable. Y como si esto no bastara, los mozos que se habían quedado en el zaguán, esperando al otro coche procedente de Almería que pasa por allí a las dos de la madrugada, echaron mano a un desvencijado guitarrillo y se entretuvieron en cantar unas malagueñas *afligias*, con todos los requilorios de suspiros, ayes y vidas suyas ¡Por algo estábamos en *Venta Alegre*!

A pesar de eso nos dormimos, porque el cansancio que produce la diligencia vence a las malagueñas y a los pedacitos de yeso; pero mi sueño no pudo ser más agitado. Veía en mi pesadilla a los contrabandistas refugiándose en la venta y pataleando sobre las cañas de la techumbre, a los carabineros asaltando nuestra morada a tiro limpio, y a Cilla preso y maniatado por habersele encontrado en los bolsillos los tres o cuatro puros de a diez céntimos que lleva de repuesto siempre. En fin, horrores.

Y para remate de fiesta, al amanecer del día siguiente, un día clarísimo y rutilante como del mes de Junio, lo primero que se nos apareció sobre la mesa fue una figura espantable, capaz de





Labrador y vecinos en la plaza de Sorbas.



dar un mal rato a un valiente a la vuelta de cualquier esquina. Era ello un botijo; ni más ni menos que un botijo en forma de buey mitológico, con las patas cortas, los cuernos retorcidos y la cola enroscada en el apéndice que servía de pitorro. Tentados estuvimos de enterrarle en cualquier barbecho, para que dentro de algunos años se lo encontrara un labrador y se volvieran locos de gusto los arqueólogos con aquel hallazgo egipcio o griego. ¡Bromas de esas habrá habido en este pícaro mundo!

Poco después de la aparición misteriosa entró la ventera; una viejecita respetable, arrugada y excesivamente cariñosa, que se deshizo en lamentaciones y preguntas.

-¡Ay, madre de mi alma! ¡habrán ustés pasao mala noche!

-No, señora, no.

-¿No han tenío ustés frío?

-No, señora, no.

-¡Ay! Pues yo no he podido dormí.

-¿Por qué, señora?

-Porque he estao muy desasoná toa la noche pensando en que en esa tarima no había puesto más que una manta.

-Pues ya puede usted irse a dormir tranquila, porque hemos estado como en la gloria materialmente.

¿Pueden pedirse mayor interés y más tierna solicitud?



X

PASEO POR SORBAS

Después del desayuno hemos echado carretera abajo con intención de penetrar en Sorbas... casi por asalto, en vista de que no hay otro modo de visitar el original pueblecillo. He dicho ya que le rodea completamente un profundo barranco sumamente quebrado y angosto, y gracias al terraplén, de que también he hecho mención, no queda más que hacer para llegar al centro de la población que salvar las bruscas pendientes de las calles que vienen a desembocar en los pretilos.

No puede pedirse aislamiento más absoluto que el de Sorbas, con ser cabeza de partido judicial y tener regular vecindario. Sepáranle primero del resto de la tierra las cadenas de montañas terrosas que se enlazan en su derredor formando un círculo, y le aparta además de esas cadenas la estrecha garganta que le forma un foso natural de dimensiones colosales. Si a los habitantes se alguna vez cortar toda comunicación con la humanidad y hacer a su pueblo inexpugnable, no tienen más que destruir la calzada que le une a la carretera y volar un puente de ésta sobre la rambla. Ni todos los ejércitos de la cristiandad ni todos los cañones del mundo son capaces de conquistar aquella fortaleza natural en mil años de asedio. Por eso tal vez la población no tiene el carácter común a todas las de la comarca.

Viven y visten los vecinos como los de las montañas de todas partes, sin rasgos típicos, y hasta desaparece allí el sello árabe que, especialmente en las mujeres, se marca de tan clara manera en los demás poblados de la región. El trazado de las calles obedece forzosamente a la extraña



Una pordiosera de Sorbas.

Un botijo de Sorbas.

conformación del terreno, y son irregulares, revueltas, intrincadas, pero sin estilo marcado ni orden fijo de ninguna especie. Como esto no tiene nada que ver con que estén o dejen de estar concurridas, lo están siempre; pues, dado el reducido espacio que ocupan, basta que tres o cuatro vecinos salgan a dar una vuelta para que se los encuentre uno en todas partes. Veinte veces he visto, en el espacio de una hora, un chicuelo mofletudo que nos miraba con una curiosidad rayana en el encarnizamiento, un mocetón que tomaba el sol tejiendo sogas de esparto y un joven de buena familia, con el bastoncito bajo el brazo, los guantes recogidos en la diestra y una chapita de la *Unión Velocipédica Española* en el ojal de la solapa, aditamentos todos que no podían estar más fuera de su centro.

Como cerca y lejos de Sorbas todo se vuelve quebradas, concavidades, barrancos y montículos, la voz repercute estentóreamente, háblese desde donde se quiera y en el tono que a uno le dé la gana. Las mujeres entablan conversación, desde los pretilos, con los pastores que apacientan sus ganados en las cumbres fronteras, o con las lavanderas que apenas se ven allá abajo en lo más hondo de la rambla.

Cuando yo me disponía, desde una revuelta de la carretera, a tomar la vista general del picacho, Cilla me dijo con voz natural: "Tira ahora", y por poco se vienen abajo con el estruendo todos los peñascos de los alrededores.

En estas idas y venidas llegó la hora de almorzar, y empezó Cristo a padecer, por que demasiado sabíamos que en la *Venta Alegre* no había cosa mayor, y en nuestra correría por el pueblo no habíamos visto cartel, letrero, ni ramo de oliva que nos anunciara la existencia de posada, parador ni tienda de comidas de ninguna clase. Hubo, pues, que preguntar a un rapaz de los que nos seguían en éxtasis, el cual nos sacó de dudas inmediatamente. Había fonda y posada, a escoger.

¡Fonda! Cuando llegamos a ella comprendimos que no la hubiéramos descubierto jamás, porque no tenía la menor traza de servir de alojamiento a los caminantes. Salió a recibirnos una mujer como de cincuenta años, pequeña y vivaracha.

-¿Puede usted darnos de almorzar?

-Ya lo creo, hijo mío, lo que ustedes quieran.

-Bueno, pues... ¿qué hay?

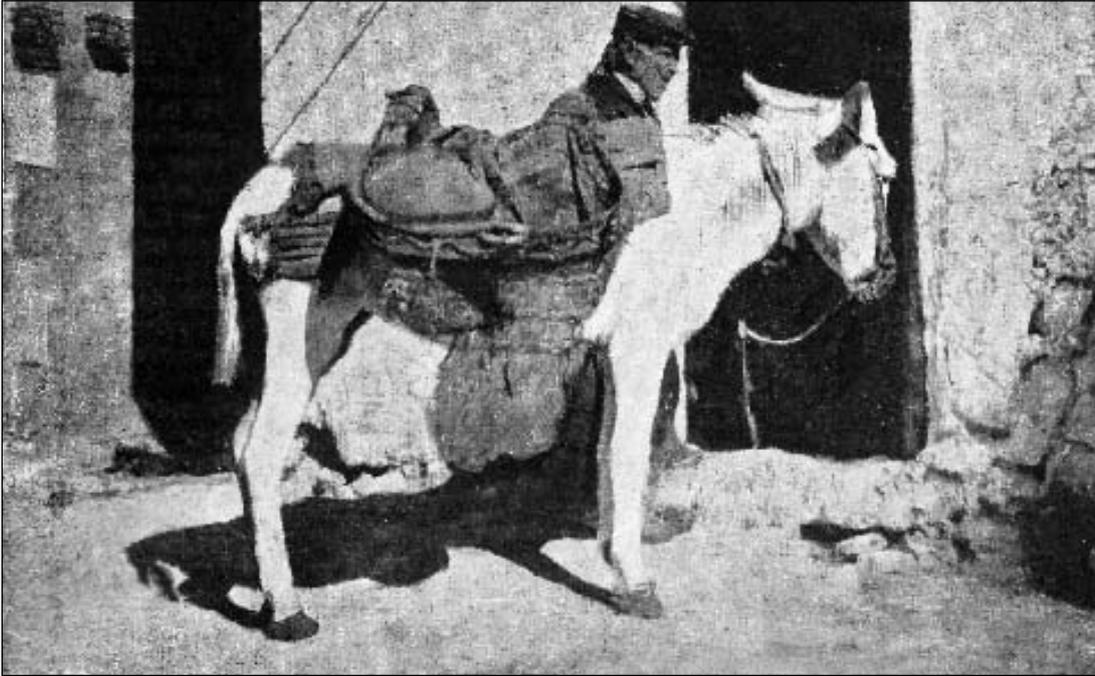
-¡Hijo de mi alma! ¿No le digo a usted que todo lo que se quiera?

-Pues pónganos usted cualquier cosa.

-Entonces, hijo mío, les pondré a ustedes unos huevos fritos y unas tajaditas de lomo, ¿eh?

-Corriente. Y pan y vino, por de contado.





Una carga de agua en Sorbas.

-Pues claro, aquí hay de todo. Pero ¿por qué no han venido ustedes a parar aquí anoche?

-Como la diligencia llega a tan mala hora y para tan lejos del pueblo...

-¡Hijo de mis entrañas! ¡Si mi puerta está abierta siempre, y las camas hechas y todo lo que se pida, y barato, y bueno!...

-Es que, además, no sabíamos que en Sorbas había fonda.

-Esto no es fonda; yo no tengo fonda; aquí todos son mis hijos, y los trato como a mis hijos, y...

-Muchas gracias, madre; y ahora... denos usted de almorzar.

Nos sentamos en el portal a tomar el fresco, que bien lo habíamos menester, porque era aquél un día de invierno que echaba lumbres, y vimos pasar a la criada como un relámpago, que volvió luego trayendo, no tan tapados que no se adivinaran en el delantal, unos huevos y una botellita con vino. Se conoce que en casa de nuestra madre había de todo... menos vino y huevos.



Después del refrigerio que terminó con media docena de higos chumbos de la tierra, volvió la buena señora a charlar un rato, empenada en

enseñarnos la casa para que viéramos que tenía camas de muelles... No sé si lo serían, pero a mí me lo parecieron efectivamente, por el recuerdo de la tarima. Llegó el momento de pagar.

-¿Qué se debe?—pregunté.

-Mire usted, hijo de mi alma, hijo de mi corazón, hijo de mis entrañas (así, todo de un golpe), en mi casa los almuerzos cuestan dos pesetas, pero para ustedes va a ser menos.

-¿Cuánto va a ser?

-Ustedes, hijos míos, me van a dar quince reales.

-Ahí va un duro, devuélvame usted una peseta, dé usted un real a la criada y quédese con el resto.

Cambió la buena mujer la moneda y dijo:

-Esto para ustedes (la peseta), esto para ti (el real) y esto para su madre, ¿es eso, verdad?

No crean ustedes que exagero. He copiado la conversación íntegra, para probar con el último detalle que la excelente señora había tomado en serio su papel de Providencia de los caminantes extraviados. Lo cual no le impedía cobrar por un almuerzo, haciendo rebaja, triple de lo que valía.

XI

RETORNO A VENTA ALEGRE

De retorno a la venta, hemos tenido ocasión de contemplar el pueblo, encaramado en la cúspide, bajo



Presenciando el reparto de sardinas en Almería.

los rayos de un sol del mediodía esplendoroso y rutilante, con los senderillos y caminos de la vertiente llenos de labriegos, de lavanderas y de chiquillos que subían y bajaban como figuritas de nacimiento. Y luego nos hemos perdido adrede en estos revoltijos de cuestas sin labrar, peladas y tristes, que inspiran lástima y desconsuelo, pero no desprovistas de cierta poesía melancólica. Pena causa recorrer tal extensión de terreno improductivo, más que por la incuria del hombre, por las grandes dificultades que tendría la labor y el obstáculo eterno de la falta casi absoluta de comunicaciones. Los escasos productos de tan ingrata tierra han de acarrearse a fuerza de paciencia y de caballerías, y aun así es punto menos que imposible la exportación. Están haciendo falta dos o tres líneas de ferrocarril... o una sola bien tendida.

En la venta hemos tenido una sorpresa agradable. Se ha presentado el joven de los guantes y el bastón a recoger su cabalgadura, y alumbrado por la luna se ha perdido en las sinuosidades de la carretera, montado en una borrica humilde y con su insignia de la *Unión Velocipédica Española*.

Después, mientras nos preparaban la cena previamente encargada (una cazuela de arroz con lomo y un plato de peces), ha hecho la tertulia junto al fogón a las hijas del ventero el mozo de la guitarra, que viene como de costumbre a esperar al coche. Es, según él, de los que *sacan coplas* con la mayor facilidad del mundo;

lo que hay es que unas veces *le caen* y otras no *le caen*. No he podido pescar al vuelo más que la siguiente, entre las muchas que iba recitando en voz baja para obtener la aprobación del auditorio antes de concederles los honores de la música:

*“A toda vuestra familia
siempre la he querido bien,
y la quiere todo el mundo
porque es buena para todos”*

Lo cual será indudablemente una verdad como un templo, pero... es de las que *no caen*.

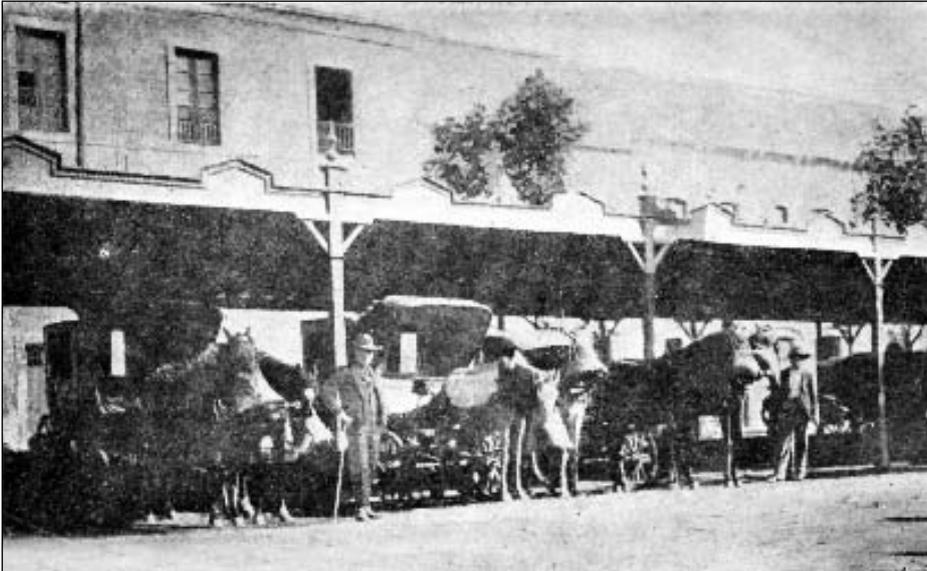
XII

DE SORBAS A ALMERÍA

La noche triste, las noches lúgubres, la noche toledana, todas las noches célebres en la historia y en la leyenda por la incomodidad, el horror o el disgusto, son noches de placer y orgía comparadas con la que hubimos de pasar en el trayecto de Sorbas a Almería. ¡Siete horas mortales con el frío en los huesos y el pavor en el alma!

Llegó el coche procedente de Vera a la una de la madrugada, calló el co-





Parada de coches de alquiler en Almería.



Limpiabotas de Almería.

plero improvisador, empezó el reparto del correo en el rincón de marras a la luz de la capuchina, y nos lanzamos a tomar asiento. Pero el mayoral calmó nuestros ímpetus diciendo socarronamente:

-No se cansen ustés, cariño; no hay sitio pa nadie.

En vano presenté mi billete de berlina tomado y pagado en Huércal Overa. El billete era legítimo, pero él, el mayoral, no tenía atribuciones para resolver el conflicto y, por consiguiente, no podía cargar con nosotros.

-El interior va lleno, la baca atestada, en el pescante va otro conmigo... ¡a no ser que quieran ustés sentarse también en el pescante!

-Sí, cariño, sí; aunque sea en el pescante iremos.

-¡Se van ustés a helar!

-Mejor; así no haremos otra vez el viaje.

-¿Y equipaje tienen ustés?

-Una maleta, un saquito y una máquina metida en un zurrón de cuero.

-¡Ah! pues too eso se tié que quedar aquí, cariño, porque no hay hueco pa tantas cosas.



Por fin, después de muchas súplicas, cálculos y combinaciones, atamos los chirimbolos no sé dónde, en la parte exterior del vehículo, subimos al pescante y empezó el calvario. Detrás de nosotros se oía la respiración fatigosa

de los que se estrujaban en la baca, confundidos con las sacas y los baúles; abajo, las ventanillas, cerradas herméticamente, dejaban adivinar un cargamento silencioso de carne humana que no se podía mover, y nosotros con los pies colgando, envueltos en las capas, caladas las boinas hasta las orejas, mustios, ateridos, contemplábamos desde lo alto del armatoste el trotar incesante de las seis mulas del tiro, que nos parecían de una pequeñez inverosímil.

El camino no tiene lances; sigue el paisaje *rugoso* y casi yermo en que se recorren leguas y leguas sin encontrar vestigios de habitación humana; soplabá un viento sutil de Sierra Nevada que entumecía los miembros; el mayoral, aunque parezca cosa inverosímil, empezó a cabecear, abandonó el torno y se quedó profundamente dormido, como si no estuviera apoyado en débil tabla y a tan gran altura, sino sobre mullidos cojines de seda; y el armatoste entre tanto rodaba en libertad, vertiginosamente, por las cuestas peladas, sin otra dirección ni guía que la Divina Providencia y el zagal que, por exceso de carga, venía en el estribo de la trasera y a cada instante se veía precisado a abandonar su sitio, corriendo como una exhalación detrás del ganado para animarle con trallazos y voces. Muy de tarde en tarde el mayoral salía del sopor para gritar desde las profundidades de la bufanda:

-¡Anda con ella, cariño!... ¡Déjala ya, déjala!

Poco a poco fue invadiéndonos a todos el adormecimiento contagioso, y vino con él la insensibilidad



Vista del puerto de pescadores de Almería.

casi absoluta. Hubiérase despeñado aquella mole móvil y apenas nos hubiéramos percatado del golpe.

De este modo llegamos a Tabernas a las cinco de la mañana, en medio de la oscuridad más densa. Allí tuvieron la amabilidad de apearse dos viajeros del interior, a quienes Dios bendiga, y el mayoral nos hizo la gracia de permitirnos ocupar sus asientos. Como todo es relativo en el mundo, nadie sabe el placer intenso, la satisfacción íntima que sentimos al encontrarnos estrujados de nuevo, eso sí, pero resguardados del aire y sin la incomodidad de llevar los pies colgando.

Al amanecer se entra en la cuenca del río Almería, y la decoración cambia por completo. Huertas frondosas, pintorescos montes, alegres emparrados de grandísima extensión, espesas arboledas, apiñados caseríos, campiña feraz, un valle, en fin, verdaderamente delicioso, ¡la Andalucía soñada! forma constantemente la risueña perspectiva hasta entrar en la capital, después de cruzar en distintas vueltas y revueltas la línea férrea de Almería a Guadix, tantos años deseada.

XIII

LLEGADA Y VISITA POR LA CIUDAD DE ALMERÍA

La calle de Granada, arteria principal de un populoso barrio de obreros y labradores, llena de



"Vivitas y coleando". Almería.

mujeres y chiquillos de tez bronceada, que a la legua denotan su abolengo moruno, es larga, espaciosa y viene a concluir en el riñón mismo de la ciudad. A su terminación se detiene el coche para dejar las enormes valijas en la casa de Correos y sigue poco después hasta el punto de parada, el final del paseo del Príncipe Alfonso. Es este paseo la vía más importante de Almería, sombreada por altos y copudos árboles, formada





Paseo del Príncipe Alfonso (Almería).

por dos hileras de buenos edificios; empieza en el monumento levantado a los mártires del despotismo de 1824, con su octava real correspondiente, y concluye a pocos metros de la playa, junto a las importantes obras de fábrica construidas en previsión laudable de otras terribles inundaciones como las de hace algunos años, que produjeron en la población una catástrofe.

Almería es un bonito pueblo tendido entre el mar y la montaña, defendido por el formidable castillo denominado la *alcazaba*, bañado casi siempre por un sol de justicia que hace resplandecer fachadas y terrados, bajo un cielo purísimo, con un clima benigno, con unos alrededores pintorescos y fértiles y con un puerto inmenso que será de primer orden cuando se concluya. Perjudica y detiene su florecimiento la dificultad de las comunicaciones con el interior, reducidas, hoy por hoy, al citado ferrocarril que llega a Guadix y... de allí no pasa. Cuando éste quede unido al de Baza y se haga (¡ay, sabe Dios cuándo!) el del

litoral, podrán explotarse la riqueza de su suelo fértil y los tesoros de sus montañas que yacen olvidados por los gastos enormes que requiere el acarreo. Son, pues, esta provincia, en general, y esta ciudad, en particular, de las destinadas a cambiar de aspecto dentro de pocos años.



La parte antigua de Almería, compuesta en su to-

talidad de calles estrechas y tortuosas, con casas viejas, contrasta notablemente con la moderna, la más cercana al puerto, de vías anchas tiradas cordel y en que hay viviendas modernas de tres y cuatro pisos. En monumentos nada he visto digno de mención, sino la Catedral, gótica pura, que data del siglo XVI, y el Convento de Dominicos, antigua mezquita, donde se conserva la imagen de Nuestra Señora del Mar, patrona de Almería. Porque del levantado a la memoria de los mártires, etc., etc., no hay para qué hablar. Ni de su octava real tampoco.

El que descuelga la maleta, el que la recibe, el que la lleva, el que la deposita en el cuarto de la fonda, todos salen a la postre con la copla de:

- *Señorito, ¿hay alguna cosiya?*

Y se ven y se desean, naturalmente, para encarecer la importancia del servicio. Esto, unido al desmedido afán de aseo que incita a unos cuantos muchachos, que pupulan por los sitios céntricos, a preguntar a todas horas: “¿Hay que limpiar las botas, señorito?” obliga al desgraciado viajero a vivir continuamente alerta y con la mano en el depósito de los cuartos viles.

Después de tomar café en el Suizo, donde no hubo más remedio que permitir que un jovencuelo rechonchete hiciera no sé cuántas manipulaciones en el calzado blanco de Cilla, nos dirigimos a tomar pasaje en un vapor para Málaga. Porque es de advertir que, por que no se cumpliera siquiera una vez el anuncio de la *Guía*, no salía buque alguno para Cartagena en el día preciso, y por consiguiente no podrían comernos los *peses* en el Cabo de Gata. Lo harían, si acaso, los de las Roquetas, pero ya no se verificaría en todas sus partes el horroroso pronóstico de nuestro compañero de Huércal.

En un portal del paseo del Príncipe Alfonso vimos el tentador anuncio siguiente: *Diligencias a Berja y Adra*. Ambas son poblaciones importantes, merecedoras indudablemente de una visita; pero no hay cuerpo humano que resista, en tan breve espacio de tiempo, tantas marchas y contramarchas en coche. Por esta circunstancia y con profundo sentimiento renunciamos a la excursión, a riesgo de no dar sino a medias, cuenta de la provincia, y entramos en el despacho de la casa consignataria.

Tomamos nuestro pasaje para el *San Fernando*, y con la curiosidad natural fuimos hacia el puerto, una

caminata de órdago, aguantando una temperatura de pleno estío, a conocer el buque que había de conducirnos a Málaga. A su lado cargaba apresuradamente otro vapor algunos centenares de emigrantes para Orán, y daba mucha pena ver aquello, que no era, sin embargo, más que el prólogo del tristísimo espectáculo que nos esperaba...

XIV

SALIDA DE ALMERÍA POR EL PUERTO HACIA CARTAGENA

La salida del *San Fernando* está fijada para las cuatro en punto de la tarde. A las cuatro menos cuarto entramos en la lancha que ha de llevarnos a bordo. Siéntanse a nuestro lado algunas familias de campesinos miserables, andrajosos, con enormes líos acuestas; familias en que abundan los niños que miran con ojos asombrados el animado trajín del muelle.

-¿Dónde van ustedes? -me atrevo a preguntar a un hombre joven, robusto, de atezado rostro, que lleva sobre sus rodillas dos chiquillas harapientas.

-Al Brasil.

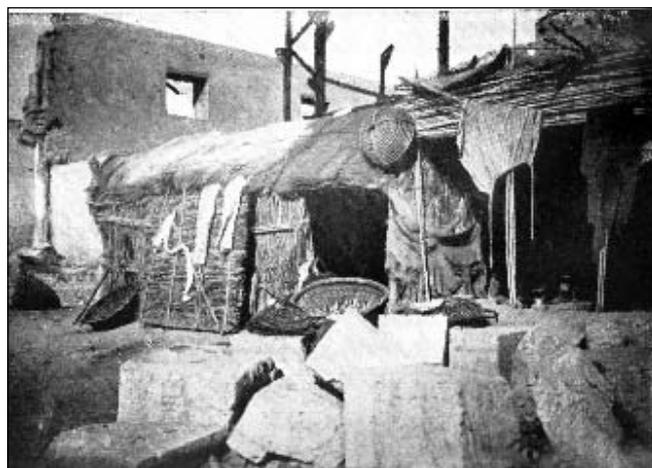
-¿Por mucho tiempo?

-¡Toma! Para siempre. Aquí no se puede vivir, ¡maldita sea España! Estas dos chiquillas que usted ve ya no son españolas.

Y dijo todo esto con sencillez aterradora, con la sonrisa en los labios, mientras la barca, empujada por los remos, se alejaba lentamente de la orilla tomando rumbo hacia el vapor, que dejaba oír un poco más lejos el áspero chirrido de las cadenas de la grúa.

Hízose la subida por la escala con dificultades enormes, por la aglomeración de barcas repletas de emigrantes que se agolpaban al costado. Aquella muchedumbre silenciosa avanzaba trabajosamente por los peldaños; se desocupaba una lancha, daba la vuelta por la proa a la escala de estribor, donde la máquina recogía los equipajes; camastros, muebles, cacharros, colchones, líos de ropas, casas enteras... Y otra ocupaba su lugar inmediatamente, y luego otra, y otra... ¡Dios sabe cuántas!

Se ocultó el sol. La bandera izada en la popa descendió lenta y tristemente sobre las cabezas de los desventurados que subían. Aquel barco ya no era España. Y seguían en tanto, entre las primeras



Barracón de pescadores en Almería.

sombras de la noche, el movimiento pausado y monótono de las lanchas y la tristísima, la interminable procesión de emigrantes, sucediéndose unos a otros, amontonándose y estrujándose en la escala, todos pálidos, demacrados, cubiertos de andrajos asquerosos, cargados de niños que temblaban de frío y de miedo...

Quedó, en fin, el barco con la bodega abarrotada de miserables trebejos, con la cubierta henchida de carne humana que se desbordaba por todas partes. Era materialmente imposible dar un paso sin aplastar una infeliz criatura, envuelta en guñapos, compungida y llorosa, entumecida por la brisa fresca del mar. Antes de partir, bajaron al comedor los pasajeros de primera y segunda, y por los tragaluces abiertos empezaron a salir bocanadas de aire cálido, emanaciones de apetitosas viandas y torrentes de luz que iluminaban los bronceados rostros de los emigrantes hacinados en la primera fila junto a la ronda. En el resto de la cubierta no se oía nada, no se veía nada más que montones de trapos que cubrían cuerpos extenuados y ateridos. Y allá lejos brillaban las luces de Almería y recortaban el horizonte las montañas negras de donde venían y que no habían de volver a ver.

Vaya, que se me puso un nudo en la garganta, que sentí húmedos los ojos y que tuve que contenerme para no gritar en la oscuridad y sin saber a quién me dirigía:



-¡No os marchéis así, rediós! ¡Vamos antes a desembarcar todos juntos ahí, en cualquier parte, a pedir fieramente que os den las riquezas de esas montañas, los frutos de esos valles donde habéis nacido, o a tomarlos por fuerza! ¡Una barbaridad cualquiera antes que dar otra patria a estos niños!

Venían también con nosotros los reclutas del cupo de Almería destinados a la guerra de Cuba, que iban a tomar en Málaga el trasatlántico. Hacían los mozos grandes esfuerzos para bromear con cualquier motivo, mientras algunos grupos de mujeres, en el muelle, recostadas en la fachada de un almacén, lloriqueaban que era una compasión. De vez en cuando salía de entre ellas una voz quejumbrosa que decía débilmente:

-Manué... ¡qué escribas!

Pero *Manué* fingía no oír aquella voz que seguramente le partía el alma, y seguía en animada charla con sus compañeros, procurando demostrar que él no tenía miedo a los *nambises*, y que estaba deseando verse en la manigua para hacer y acontecer esto, lo otro y lo de mas allá. De repente, como si le diera vergüenza no responder a las continuas lamentaciones, se apoyó en la borda y gritó:

-¡Maríal ¡Que no vaya a yorá má! ¡Eh? Y corrió a ocultarse en la otra banda.

A las siete en punto el *San Fernando* levó el ancla con gran estrépito, soltó las amarras y empezó a moverse pausadamente en demanda de la salida del puerto. La masa humana seguía silenciosa en momento tan solemne, iban perdiéndose y borrándose las



Colegio de Jesús (Almería).

figuras de las infelices que lloraban por los soldados y brotaban de la superficie de las aguas montes de espuma levantados por las paletas de la hélice. Entonces, una viejecita entrapajada, acurrucada a mis pies, que no se atrevía a levantar los ojos por no ver aquella tierra ingrata que ya no recogería sus restos, me preguntó con voz entrecortada.

-Cabayero, ¿andamos ya?

-Sí, señora.

-¡Alabado sea el Santísimo Sacramento!

Y volvió a sumirse en sus meditaciones, después de murmurar, como terrible despedida, la única oración que tal vez tenía en la memoria.

-¡Alabado sea el Santísimo Sacramento!

¡Sí, sí! Sea por siempre bendito y alabado.

